



# IVÁN

**Vladimir Bogomolov**



Biblioteca Omegalfa

2019

Ω

**Iván**  
© Vladimir Bogomolov  
Mayo 2017

**Fuente:**

[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

(Descarga gratis de otros libros  
en formato digital)

**Formato actual:**

Demófilo  
2/07/2019

**Imagen de la portada:**

Fotograma de la película  
[“La infancia de Iván”, de Tarkovsky](#)



*Libros libres  
para una cultura libre*



**Biblioteca Omegalfa**

- 2019 -

Ω

# Iván

**Vladimir Bogomolov**

## EL ESCRITOR

### I

Durante años, muchos años, fui reuniendo en mi biblioteca novelas y cuentos sobre la II Guerra Mundial contadas desde una perspectiva soviética. La mayor parte de lo reunido era basura, formalista, pinche, demagógica, panfletaria. De vez en cuando aparecían libros que se dejaban querer, así apareció en una edición cubana *El pueblo es inmortal*, de Grossman, mucho antes de que se tradujera en español *Vida y destino*, y su novela se volviera material de culto para lectores apasionados. Junto a ella, encontré y gocé las novelas cortas de Alexander Bek sobre la Brigada de Panfilov, ingeniosamente narradas, con un gancho anecdótico formidable, y trabajé con Justo Vasco la retraducción de *Iván* (a la que llegué gracias a la película) de Bogomolov, que ya me había cautivado con *El verano del 42*.

Cuando comenté estos libros entre mis habituales compañeros y amigos, que forman parte de la RDLL (la República Democrática de Los Lectores) la mayoría me miró como si les hubiera traído una caja de galletas desde Marte.

¿Lees eso? Y sí, los leía. Más allá de que algunos autores muchas veces mentían u omitían por las peores razones —las razones de Estado—, a veces sus textos estaban cargados de las mejores intenciones, las más serias utopías, las defensas más apasionadas de los valores humanos. Lo que mataba al perro era la pretensión de leer como realista una literatura epopéyica, cargada de pedagogía, funcionalista en el sentido político. ¿Por qué preten-

der leerlos como realismo? ¿Acaso leemos a Bradbury y a Dick y su ciencia ficción como realismo? ¿Vamos buscando realismo en el western? ¿Lo son Schlumberger, Sabatini, los Paradaillán y las novelas de capa y espada? ¿Leemos el surrealismo kafkiano, Le Carré en las novelas de espionaje, la space opera, a Proust o a Joyce en clave realista?

¿Es más realismo el socialista *Así se templó el acero*, de Ostrovski que *Arenas de Iwo Jima*, dirigida por Allan Dwan y protagonizada por John Wayne? Una hija del “realismo capitalista” donde un burgués bueno aporta su sabiduría taylorista al esfuerzo bélico anti japonés en medio de muchos tiros, emboscadas y abundante peligro amarillo.

No sé si sirve como excusa. El stalinismo es algo demasiado horrendo para andar bromeando. Millones de ciudadanos y junto a ellos cientos de escritores cayeron bajo su guadaña, fueron literariamente mutilados, censurados, encarcelados, asesinados, por ver en ellos perversiones de la verdad oficial del estado totalitario.

Sin embargo persistí. Nunca he sido muy políticamente correcto. Entre lo que ha ido quedando de estos años de lectura, había un escritor en particular que me interesaba.

## II

Sin duda su historia es extraña. Se apellidaba Voitinsky y había nacido en Kirillovka, un pueblo de la región de Moscú, en julio en 1926, pero sus documentos posteriores dirán que nació el 3 de julio del 24, posiblemente porque fingió su edad siendo estudiante para poder ir al frente. Quizá con la lógica de ocultar su edad, o su pasa-

do familiar (estamos en pleno stalinismo —no se olvide— y ser parte de una familia religiosa, o de izquierda, era suficiente) se hace llamar Vladimir Osipovich Bogomolov (tomando el apodo de su madre, Bogomolets, “devota de Dios”).

El 22 de junio de 1941 el ejército alemán ataca la Unión Soviética, la primera ofensiva de la Operación Barbarroja es fulminante, el purgado Ejército rojo es masacrado. Stalin apela a la retórica nacionalista y trata de contener la velocidad del avance nazi.

El adolescente Bogomolov se presenta como voluntario a los 15 años, miente sobre su edad y se incorpora al regimiento antiaéreo de Moscú. Más tarde asiste a la escuela de suboficiales de la defensa antiaérea. Los nazis están dominando el cielo soviético en el año 41. De noviembre a abril de 1942 es jefe de un pelotón de reconocimiento que actuaba tras las líneas enemigas. En la campaña de Viazma, bajo ataque de morteros, su compañía pierde un tercio de efectivos. El joven cadete es seriamente herido.

Terminará en un hospital en Tashkent y luego en Bugulma (donde estaba su familia evacuada). Retorna al ejército en junio del 43 y es enviado a Leningrado a la escuela de la Bandera Roja especializada en artillería táctica. Sale con el grado de teniente. Hasta ahí la historia semi-oficial; pero muchos años después, en 2005, algunos medios en los que colaboraban, historiadores y periodistas publicaron que tenían dudas sobre sus hazañas militares previas, a las que calificaron como un fraude. Decían que había pruebas de que desde 1941 hasta 1943, Bogomolov simplemente había vivido bajo otro nombre evacuado en Tatarstan. ¿Era esto cierto? En el 43 tenía 17 años; sin duda había sido herido gravemente, ¿para qué inventarse una biografía?

El hecho es que hacia el fin del 43 entra a la inteligencia militar (conocida como GRU) ¿Cuáles son sus misiones? ¿Opera tras las líneas alemanas? ¿Tiene a su cargo la ingrata tarea de corroborar la fidelidad de las guerrillas que actuaban en territorio ocupado? Cruza dentro de una unidad especial (la compañía de reconocimiento de la guardia de la 117 División), el Dnieper, participa en la liberación de Novorossiysk, de Zhitomir y la ofensiva de Kirovohrad.

El 12 de enero de 1944 es herido por segunda vez y hospitalizado. Entre junio y julio participa en la liberación de Bielorrusia y recibe la medalla de la orden de la guerra patria.

Nuevamente un movimiento es transferido al departamento de contrainteligencia del ejército, el conocido Smersh. Participa en la liberación de Polonia y en la ofensiva dentro de territorio alemán.

Entre las pocas noticias que se tienen de su trayectoria en español, está una reseña de un periodista que acompaña al teniente Bogomolov en la zona ocupada de Berlín. “Las mujeres nos temen; les decían que los soldados soviéticos, especialmente los asiáticos, las violarían y matarían... Miedo y odio en sus rostros”. Termina la guerra como comandante de una compañía. Sigue en el ejército hasta 1950 sirviendo en el contraespionaje en Alemania (el territorio de las primeras novelas de Le Carré).

Un nuevo misterio: entre 1950 y 1951 pasa tres meses en la cárcel sin que se le presenten cargos. Se retira de la milicia un año más tarde y comienza a estudiar periodismo (se graduará en el 58). Cuando tiene 30 años publica una novela corta: *Iván*, que tiene un enorme éxito. No tiene sentido contar la historia de este increíble niño de 12 años... la tienen ustedes en la mano.

En 1958 aparece una segunda novela: *Primer amor*; y cuatro años más tarde un joven realizador, Andrei Tarkovsky, recién salido de la escuela de cine dirige su primera película *La infancia de Iván*. El éxito se multiplica. Bogomolov produce lentamente, pasan 5 años de silencio. No se afilia a la Unión de Escritores; finalmente entre 63 y 64 aparecen varios cuentos suyos, entre ellos *Zosya*, que cuenta una historia de amor entre una joven polaca y un oficial soviético en los últimos días de la guerra y es llevado al cine por Mikhail Bogin en 1967.

Y nuevamente el silencio. Es huraño, no permite que la prensa lo fotografíe, no participa en actos públicos. No le gustan las versiones cinematográficas, pide que se retire su nombre de los créditos. “He sido muy desafortunado con los directores de cine... Traté con cuatro... dos de ellos muy famosos (Andrei Tarkovsky y Vytautas Zalakevicius). Ninguno sirvió en el ejército ni siquiera una hora... No lo entienden. No lo conocen. Y lo que es peor, no quieren escuchar... Lo que los directores de cine quieren en nuestros días es acción.”

Y al fin en el 74, se publica *En agosto del 44*, (también conocida en algunas traducciones como *El momento de la verdad*). Es una novela bélica, pero también, en el mejor de los sentidos, de aventuras y detectivesca, que narra las acciones de una brigada de contrainteligencia tras sus líneas en el frente de Bielorusia empeñado en la cacería de un grupo de infiltrados nazis.

Utiliza narración directa, monólogos internos y documentos, en un divertido equilibrio. Parte de sus críticos pensaban que había tenido acceso a la documentación del Smersh. El libro, sin embargo no recorrió una trayectoria fácil. El general de la KGB Vladimir Osipovich revisó el manuscrito y le pidió al autor una serie de correcciones a



la que Bogomolov se rehusó. La obra permaneció encastrada en una caja fuerte durante un tiempo. Finalmente Bogomolov logró que se editara completa. Fue un enorme éxito, y reeditada un centenar de veces en ruso y al menos dos en español, una de ellas en Cuba con miles de ejemplares circulando. Fue filmada dos veces: un nuevo misterio, una de ellas nunca llega al público; la segunda—de Mikhail Ptashuk—, es (nuevamente) muy exitosa.

Bogomolov era extraordinariamente meticuloso, estaba muy enojado porque los lectores habían descubierto dos minúsculos errores en el texto. La descripción del olor de una medicina que no tenía tal, y el sonido de un pájaro que no podía oírse a los dos kilómetros que mencionaba.

Aislado de la prensa, no solía dar entrevistas ni se relacionaba con sus viejos compañeros del ejército. Excepcionalmente, el novelista cubano Luis Rogelio Noguera lo entrevista a fines del 84: “En la cocina de su apartamento en Prospekt Mira, uno de los más vigorosos narradores soviéticos de hoy, Vladimir Bogomolov, me ofrece empanadillas de queso, trozos de salchicha y coñac armenio. Juan Cobo, el periodista hispano soviético evita con un rápido movimiento de prestidigitador que nuestro anfitrión derrame sobre la mesa un pote de mostaza. Bogomolov sonrío, y gruñe un chiste de disculpa: *‘Por eso no puedo escribir a máquina: las destrozó siempre’*.”

Todavía publicará una nueva novela en 1986, *In Krieger* sobre la guerra a fines del 45 en el extremo Oriente. Vladimir Bogomolov murió en diciembre de 2003 a los 78 u 80 años.

**PIT II**

## Nota:

Hay una edición cubana de *En agosto del 44*, con prólogo de Kuznetsov; y otra argentina, de Planeta (*El momento de la verdad*), ambas casi imposibles de encontrar. Existe la traducción de *Iván* que para la Universidad de Guadalajara hice con Justo Vasco. En inglés la editorial Progreso publicó los *Collected writings*, pero el libro está descatalogado. A pesar de su reluctancia en Russia info-centre, pueden encontrarse tres buenas fotos suyas. Sorprendentemente en *The Cambridge Companion to Twentieth-Century Russian Literature* fue autor del Capítulo 2, “Prosa entre el simbolismo y el realismo”. Mucha de la información surge de: “Who stole the manuscript of the novel by Vladimir Bogomolov, *In August, forty-four?* (internet) y de los artículos “Vladimir Bogomolov. Los ríos del alma. *Bohemia*, 7 de diciembre de 1984, La Habana. Razzakov F. I.: “Life of the wonderful times”.



**T**ENÍA PLANEADO pasar revista a las avanzadillas antes del amanecer. Por eso ordené que me despertaran a las cuatro en punto de la madrugada y me acosté a las nueve.

Me despertaron antes de lo previsto: en la esfera luminosa del reloj, las agujas marcaban la una menos cinco.

—¡Camarada teniente mayor...! ¡Camarada teniente mayor...! ¡tengo que decirle algo...!

Alguien, agarrándome por el hombro, me sacudía con fuerza. A la luz mortecina de un farolillo capturado al enemigo, que ardía vacilante sobre la mesa, pude distinguir al cabo Vasiliev, de la sección que montaba guardia en las avanzadillas.

—Capturamos a uno... El alférez ordenó que se lo trajéramos a usted.

—¡Encienda la lámpara! —ordené, renegando mentalmente: «Bien hubieran podido aclarar la cuestión por sí solos.»

Vasiliev la encendió y, volviéndose hacia mí, informó:

—Se arrastraba en el agua, junto a la orilla. No quiere decir qué hacía allí y exige que se le conduzca al estado mayor. No contesta a las preguntas. «No voy a hablar más que con el jefe», dice. Parece débil, pero es posible que lo finja. El alférez ordenó que...

Saqué los pies de debajo de la manta y, frotándome los ojos, me senté en el camastro. Vasiliev, un hombretón pelirrojo, estaba ante mí, y de su capote oscuro, completamente empapado, caían sin cesar gruesas gotas de agua.

La lámpara empezó a arder, iluminando el espacioso refugio. Junto a la puerta divisé a un chiquillo delgado, de unos once años, que tiritaba aterido; los pantalones y la camisa se le pegaban al cuerpo de puro mojados; sus pequeños pies descalzos estaban cubiertos de barro hasta los tobillos. Al verlo, me estremecí.

—¡Acércate a la estufa! —le ordené. —¿Quién eres?

Él se acercó, examinándome con la mirada concentrada y recelosa de sus grandes ojos, insólitamente separados uno del otro. Tenía un rostro de pómulos salientes, con la tez de color gris oscuro a causa del barro que le cubría la piel. Su cabello mojado, de color indefinible, pendía en mechones desordenados. En su mirada, en la expresión de su rostro extenuado, con los labios lívidos y fuertemente apretados, se notaba una especie de tensión interna y, según me pareció, desconfianza y disgusto.

—¿Quién eres? —le pregunté de nuevo.

—Que salga ése —dijo el chiquillo con voz débil y dientes castañeteantes, indicando con la mirada a Vasiliev.

—¡Vaya a echar leña a la estufa y espere arriba!—ordené a Vasiliev.

Éste, suspirando ruidosamente, sin prisa, a fin de estar más tiempo en el caldeado refugio, removió los tizones, cargó la estufa, la rellenó de leños cortos y, remoloneando un poco, salió. Entretanto, me calcé las botas y expectante, miré al chiquillo.

—Bueno, ¿por qué callas? ¿De dónde has venido?

—Soy Bondariev —pronunció él en voz baja, como si este apellido significara algo o bastara para dejármelo todo claro. —Comunique ahora mismo al estado mayor, al cincuentiuno, que estoy aquí.

—¡Mira nada más...! —No pude contener una sonrisa.

—Bueno, ¿y qué más?

—Lo demás no le importa. Ellos mismos lo harán.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿A qué estado mayor hay que informar y quién es ese cincuentiuno? ¿Al estado mayor de qué ejército hay que dirigirse?

—Correo de campaña uve-che cuarenta y nueve quinientos cincuenta...

Sin el menor error citó el número del correo de campaña del estado mayor de nuestro ejército. Dejando de sonreír, lo miré sorprendido e hice un esfuerzo para comprenderlo todo. La sucia camisita que le llegaba hasta las caderas y los estrechos y cortos pantalones que llevaba puestos eran viejos, de lienzo, de confección aldeana y posiblemente de tejido casero; sin embargo, hablaba correctamente y pronunciaba las oes como aes, como lo hacen la inmensa mayoría de los moscovitas y bielorrusos; así pues, parecía haber nacido en la ciudad.

Estaba ante mí mirándome de reojo, alerta y hostil, sorbiéndose los mocos por la nariz y temblando de pies a cabeza.

—Desnúdate por completo y frótate. ¡Aprisa! —le ordené tendiéndole una toalla de tela burda, que ya había perdido su primitiva blancura.

Se quitó la camisa, dejando al descubierto su cuerpecillo flaco, de costillas descarnadas, oscuro a causa de la suciedad, y miró la toalla con indecisión.

—¡Tómala, tómala! Está sucia.

Empezó a frotarse el pecho, la espalda y los brazos.

—¡Quítate también los pantalones! —ordené.— ¿Qué te

pasa? ¿Acaso te da pena?

El chiquillo, siempre en silencio, después de bregar con el hinchado nudo, desató trabajosamente la cuerda que le servía de cinto y se quitó los pantalones. Era un niño todavía. Estrecho de hombros, con piernecillas y bracitos delgados, no aparentaba más de diez u once años, aunque por su cara huraña y concentrada de persona mayor y las arruguillas de su frente prominente, se le hubieran podido dar incluso trece cumplidos. Cogiendo la camisa y los pantalones, los tiró a un rincón.

—¿Y quién los va a secar?, ¿tu tío? —le pregunté interesado.

—Me traerán de todo.

—¡Cómo! —exclamé en tono de duda. —Y, ¿dónde está entonces tu ropa?

Guardó silencio. Tuve la intención de preguntarle dónde estaban sus documentos, pero me di cuenta a tiempo de que era demasiado pequeño para tenerlos.

Saqué de debajo del camastro una vieja chaqueta acolchada, que pertenecía a mi enlace, quien entonces se hallaba en la enfermería del batallón. El chiquillo permanecía de pie ante la estufa volviéndome la espalda. Entre sus paletillas salientes negreaba un lunar grande, del tamaño de una moneda de quince kopeks. Más arriba, encima de la paletilla derecha, se destacaba la purpúrea cicatriz de una herida, a mi parecer, de bala.

—¿Qué tienes ahí?

Me miró por encima del hombro, pero no dijo nada.

—¿Qué tienes en la espalda? —pregunté levantando la voz a la vez que le tendía la chaqueta.

—Eso no le importa. ¡Y no me grite! —replicó airado, mientras sus ojos verdes, gatunos, centelleaban fieramente. Pero aceptó la chaqueta. —Su deber es informar que estoy aquí. Lo demás no es asunto suyo.

—¡No me des lecciones! —le grité irritado. —Por lo visto no comprendes dónde estás, y cómo estás y cómo debes portarte. Tu apellido no me aclara nada. Mientras no digas quién eres, de dónde vienes y por qué motivo has venido a parar al río, no voy a mover un dedo.

—¡Usted cargará con la responsabilidad! —contestó en tono de clara amenaza.

—¡No intentes asustarme! ¡Eres todavía muy niño! ¡No voy a permitir que te hagas el mudo! Habla claro: ¿de dónde vienes?

Se arrojó con la chaqueta, que le llegaba casi hasta los tobillos y, tornando la cara hacia un lado, guardó silencio.

—Vas a estar aquí un día, tres, cinco; hasta que no digas quién eres y de dónde has venido, no informaré a ninguna parte —le dije con decisión.

Lanzándome una fría y hostil mirada, me volvió la espalda y siguió callado.

—¿Vas a hablar?

—Usted debe informar inmediatamente al estado mayor, al cincuentiuno, que estoy aquí —repitió con obstinación.

—Yo no debo nada —le dije irritado. —Y, hasta que no me aclares quién eres y de dónde vienes, no voy a hacer nada. ¡Esto tenlo bien en cuenta...! ¿Quién es el cincuentiuno?

Él callaba, testarudo, ensimismado.

—¿De dónde vienes? —le pregunté conteniéndome a duras penas. —¡Si quieres que informe sobre ti, habla!

Después de una prolongada pausa de intensa reflexión, el chiquillo murmuró entre dientes:

—De la otra orilla del río.

—¿De la otra orilla del río? —Yo no lo podía creer. —Y, ¿cómo viniste a parar aquí? ¿Cómo puedes demostrar que has venido de la otra orilla?

—Yo no voy a demostrar nada. ¡No voy a decirle ni una palabra más. ¡No se atreva a interrogarme porque tendrá que rendir cuentas por ello! Y por teléfono no diga nada. Sólo el cincuentiuno sabe que vengo de la otra orilla.

Usted debe comunicarle inmediatamente: «Bondariev está aquí». ¡Eso es todo! ¡Vendrán enseguida a buscarme! —gritó el chiquillo con una convicción completa.

—¿Y no puedes explicarme quién eres y por qué van a venir a buscarte?

Él callaba.

Durante algún tiempo estuve mirándole atenta y reflexivamente. Su apellido no me aclaraba nada, pero era posible que en el estado mayor del ejército lo conocieran. Durante la guerra me había acostumbrado a no sorprenderme nunca.

Su aspecto era lamentable y parecía extenuado, pero se mantenía arrogante y se dirigía a mí seguro de sí mismo e incluso en tono de mando: no pedía, exigía. Huraño, ensimismado y siempre en guardia, causaba una impresión muy extraña; su afirmación de que había venido de la otra orilla me parecía una mentira descarada.



Como es fácil de comprender, yo no tenía la menor intención de poner el asunto directamente en conocimiento del estado mayor del ejército, pero mi deber inexcusable era informar al puesto de mando del regimiento. Pensaba que ellos se lo llevarían al regimiento y allí aclararían cuanto hiciese falta; así, yo tendría aún tiempo de dormir un par de horitas, antes de ir a pasar revista a los puestos de guardia en las avanzadillas.

Giré la manivela del teléfono y, tomando el auricular, llamé al puesto de mando del regimiento.

—El tercero escucha —oí la voz del jefe de estado mayor, capitán Maslov.

—¡Camarada capitán, informa el octavo! ¡Aquí está Bondariiev, Bon-da-riev! Exige que se informe a «Volga» de que él está aquí...

—¿Bondariiev? —preguntó de nuevo Maslov, sorprendido. —¿Qué Bondariiev? ¿Acaso el comandante de la sección de operaciones que está inspeccionando? ¿De dónde ha salido? —Maslov, intranquilo según pude notar, me asediaba a preguntas.

—¡Qué inspector ni qué ocho cuartos! No sé quién es: no dice nada.

Exige que informe a «Volga», al cincuentiuno, de que él está aquí, en mi refugio.

—Y quién es el cincuentiuno?

—Yo pensaba que usted lo sabría.

—Nosotros no tenemos las señales de «Volga». Tenemos solamente las divisionarias. ¿Y cuál es el cargo de Bondariiev, cuál es su grado?

—No tiene ningún grado —dije sonriendo involuntaria-

mente. Es un chiquillo... ¿comprende?, un chiquillo de unos doce años...

—¿Te estás burlando de mí? ¿Con quién crees que estás tratando? —chilló por el teléfono Maslov.

—¿Qué comedia es ésta? ¡Yo te voy a dar a ti chiquillo! ¡Se lo voy a comunicar al comandante! ¿Qué te pasa? ¿Has bebido o no tienes qué hacer? Te voy a ...

—¡Camarada capitán! —grité aturdido por el giro que tomaba la cuestión. —¡Camarada capitán! ¡Palabra de honor que es un chiquillo! Yo pensaba que usted lo conocía.

—¡Ni lo conozco ni quiero conocerlo! —gritó Maslov enfurecido. —¡Y tú no me vengas con tonterías! ¡Yo no soy ningún muchacho! Tengo las orejas hinchadas de tanto trabajo y...

—Yo pensaba...

—¡Pues no pienses nada!

—¡A sus órdenes! Pero... camarada capitán, ¿qué vamos a hacer con el chiquillo?

—¿Que qué vamos a hacer? Pero... ¿cómo ha ido a parar a tu refugio?

—La guardia lo detuvo en orilla del río.

—¿Y cómo ha llegado a la orilla del río?

—Según tengo entendido... —Quedé confuso durante un momento. —Dice que ha venido de la otra orilla.

—¡Dice! —remedó Maslov con tono burlón.

—¿En una alfombra voladora? Te está engañando y tú le crees. ¡Ponle un centinela! —ordenó. —Y si no puedes ponerlo todo en claro, entrégaselo a Zotov. Eso es de su

competencia: que se ocupe...

—Usted dígale que si sigue chillando y no informa inmediatamente al cincuentiuno, la responsabilidad recaerá sobre él— interrumpió decididamente el chiquillo, hablando en voz alta.

Pero Maslov había colgado ya el auricular y yo tiré el mío sobre el teléfono, enfadado con el chiquillo, pero todavía más con Maslov.

La cosa era que yo cumplía los deberes de jefe de batallón provisionalmente y todos sabían que era interino. Además, tenía sólo veintiún años y, como es natural, conmigo se portaban de manera muy distinta a como lo hacían con los demás jefes de batallón. Si el primer y el segundo jefe del regimiento se esforzaban en no demostrarlo, Maslov —que era, por cierto, el más joven de ellos— no ocultaba que me consideraba un muchacho y me trataba como tal, a pesar de que yo llevaba combatiendo desde los primeros meses de la guerra, había sido herido varias veces y tenía algunas condecoraciones.

Maslov no se hubiera atrevido jamás a hablar en ese tono con el comandante del primer batallón o con el del tercero. Pero conmigo... Ponerse a gritar sin acabar siquiera de escucharme ni comprender claramente de qué se trataba... Yo estaba convencido de que Maslov no tenía razón. A pesar de ello le dije al chiquillo, no sin algo de malevolencia:

—Has pedido que informara de tu llegada; ¡ya he informado! Me han ordenado encerrarte en el refugio —mentí— y ponerte centinelas. ¿Estás satisfecho?

—Le dije que llamara al estado mayor del ejército, al cincuentiuno. ¿A dónde ha llamado usted?

—¡Tú has dicho...! Yo no puedo dirigirme directamente al estado mayor del ejército.

—Déjeme, yo voy a llamar —y al momento, sacando rápidamente la mano de debajo de la chaqueta enguatada, asió el auricular.

—¡Ni lo intentes! ¿A quién vas a llamar? ¿A quién conoces en el estado mayor del ejército?

Calló un instante, sin soltar el auricular, y dijo sombrío:

—Al teniente coronel Griaznov.

El teniente coronel Griaznov era el jefe de la sección de información del ejército; yo lo conocía no sólo de oídas, sino personalmente.

—¿De dónde lo conoces?

Silencio.

—¿A quién más conoces en el estado mayor del ejército?

Nuevamente silencio, una rápida mirada de reojo y, entre dientes:

—Al capitán Jolin.

Jolin, oficial de la sección de información del estado mayor del ejército, me era también conocido.

—¿De dónde los conoces?

—¡Comunique de inmediato a Griaznov que estoy aquí —exigió el chiquillo sin contestar a mi pregunta—, o lo llamo yo mismo!

Quitándole el auricular, reflexioné aún durante medio minuto; luego giré la manivela y me pusieron de nuevo en comunicación con Maslov.

—Le molesta el octavo. ¡Camarada capitán, le suplico

que me escuche! —dije con firmeza, tratando de dominar mi inquietud. —Lo llamo de nuevo por el asunto de Bondariiev. Él conoce al teniente coronel Griaznov y al capitán Jolin.

—¿De dónde los conoce? —preguntó Maslov, cansado.

—No lo quiere decir. Creo que se debe informar al teniente coronel Griaznov.

—Si lo consideras necesario, informa —dijo Maslov con tono algo indiferente. —Tú, por lo visto, consideras posible molestar a los jefes por cualquier tontería. Yo, personalmente, no veo ningún motivo para molestar al mando, sobre todo de noche. ¡No es serio!

—En este caso, ¿me permite usted llamar?

—Yo no te permito nada y tú no me metas... Pero, a propósito, puedes llamar a Dunaiev. Acabo de conversar con él: está despierto.

Me puse en comunicación con el comandante Dunaiev, jefe del servicio de información de la división, y le comuniqué que en mi refugio estaba Bondariiev, el cual exigía que se informara inmediatamente al teniente coronel Griaznov...

—Está claro —me cortó Dunaiev. —Espere. Yo informaré.

Dos minutos más tarde, el timbre del teléfono sonó fuertemente, con exigencia.

—¿Octavo? Hable con «Volga» —dijo el telefonista.

—¿Galtsev?... ¡Salud, Galtsev! —Reconocí la voz baja y ruda del teniente coronel Griaznov; era imposible que no la reconociera: hasta el verano, Griaznov había sido el jefe de servicio de información de nuestra división; yo

era entonces oficial de enlace y con frecuencia me encontraba con él. —¿Está ahí contigo Bondariev?

—¡Está aquí, camarada teniente coronel!

—¡Bravo! —De momento, no comprendí a quien iba dirigida esta alabanza, si a mí o al chiquillo. —¡Escucha atentamente! Echa a todos fuera del refugio para que no lo vean ni se metan con él. ¡No le preguntes nada en absoluto y evita que haya comentarios! ¿Entendido? Salúdalo en mi nombre. Jolin va a buscarlo en el coche: creo que dentro de unas tres horas estará ya ahí. ¡Y, por ahora, que no le falte nada! Trátalo con la mayor delicadeza: ten en cuenta que es un muchacho de carácter. Ante todo, dale papel y tinta o lápiz. Lo que escriba, envuélvelo en un paquetito e inmediatamente envíalo, con un hombre de confianza, al puesto de mando del regimiento. Yo les daré la orden de que me lo traigan sin tardanza. Rodéalo de toda clase de atenciones y no intentes trabar conversación con él. Dale agua caliente para que se lave, sírvele bien de comer y que duerma. Ese muchacho es de los nuestros. ¿Entendido?

—¡Perfectamente! —contesté, aunque muchas cosas no estaban para mí claras.

—¿Quieres comer? —le pregunté ante todo.

—Luego —profirió el chiquillo sin mirarme. Entonces le puse sobre la mesa papel y sobres, pluma y tinta; después, salí del refugio, ordené a Vasíliev que se fuera a su puesto y al volver a entrar cerré la puerta con el cerrojo.

El chiquillo estaba sentado en el borde de un banco, vuelto de espaldas a la estufa, calentada al rojo; a sus pies yacían los mojados pantalones que había tirado antes a un rincón. Del bolsillo, fijado con un alfiler, sacó un sucio pañuelo; desenvolviéndolo, vertió sobre la mesa su

contenido: granos de trigo y centeno, pepitas de girasol y púas de pino y de abeto, y los distribuyó en distintos montoncitos. Entonces contó con suma atención cuántos había en cada montoncito y lo apuntó en un papel.

Cuando me acerqué a la mesa, volvió rápidamente la hoja y me miró con desagrado.

—¡No, no! ¡Yo no voy a mirar! —me apresuré a tranquilizarlo.

Llamé por teléfono al puesto de mando del batallón y ordené calentar de inmediato dos cubos de agua y traerlos a mi tienda junto con la caldera grande. Noté un dejo de asombro en la voz del sargento que repetía por teléfono mi orden. Aunque era la una y media de la madrugada, le dije que quería bañarme y seguramente pensó, como Maslov, que había bebido o que no tenía nada más que hacer. Ordené también que se preparara Znivni — hábil soldado de la quinta compañía— para enviarlo, en calidad de enlace, al puesto de mando del regimiento.

Conversando por teléfono, estaba de costado a la mesa y pude ver con el rabillo del ojo que el chiquillo rayaba una cuartilla de papel en sentidos longitudinal y transversal; en la columna vertical izquierda escribía con letra grande e infantil «2... 4, 5». Yo no sabía, ni jamás llegué a saber, el significado de estas cifras y ni de lo que siguió escribiendo.

Durante cerca de una hora estuvo garabateando con la pluma, lanzando resoplidos y tapando el papel con la manga; sus dedos, de uñas cortas y roídas, estaban cubiertos de arañazos; su cuello y orejas llevaban largo tiempo sin lavarse. De cuando en cuando, dejando de escribir, se mordía nerviosamente los labios, pensaba o recordaba alguna cosa, lanzaba un resoplido y seguía

escribiendo. Habían traído ya agua caliente y fría —yo mismo le llevé los cubos y el caldero sin permitir que nadie penetrara en mi refugio— y él aún continuaba rasgando con la pluma. Por si acaso, puse un cubo de agua en la estufa.

Al terminar, dobló por la mitad las cuartillas escritas y las metió en un sobre que pegó cuidadosamente con saliva. Tras ello, cogiendo otro sobre de mayor tamaño, introdujo en él el primero y lo pegó con idéntico cuidado.

Saqué el sobre al enlace, que esperaba cerca de la tienda, y ordené:

—Llévelo inmediatamente al puesto de mando del regimiento. ¡Aprisa! Cuando haya cumplido la orden, informe a Kraiev.

Luego, entrando otra vez en la tienda, mezclé el agua de los dos cubos, para que no estuviera tan caliente. Quitándose la chaqueta acolchada, el chiquillo se introdujo en la caldera y empezó a bañarse.

Me sentía culpable ante él. Sin duda, no contestaba a las preguntas obrando de acuerdo con las instrucciones recibidas, y yo le había gritado y amenazado, intentando sonsacarle lo que no me correspondía saber, pues como es bien sabido, los exploradores tienen sus secretos; que ocultan incluso a los oficiales del estado mayor.

Ahora, estaba dispuesto a cuidarlo como si fuera su nueva; sentí deseos de bañarlo con mis propias manos, pero no me decidí a hacerlo: sin mirarme, aparentando no darse cuenta de mi presencia, se comportaba como si estuviera solo en el refugio.

—Déjame que te restriegue la espalda —le propuse sin poderme contener.



—¡Yo mismo me la lavaré! —me atajó el chiquillo. No tuve más remedio que quedarme de pie junto a la estufa, sosteniendo en las manos la toalla limpia y una camisa de algodón para él, y removiendo en la marmita mi cena de papilla de mijo con carne, que, tan a propósito, no había comido.

Una vez bañado, resultó ser un chico de tez blanca y cabello rubio; tenía el rostro y las manos curtidos por el sol y por el viento. Sus orejas eran pequeñas y delicadas, sonrosadas y algo asimétricas: la derecha aplastada; la izquierda, por el contrario, abultada. En su rostro de pómulos salientes llamaban la atención los ojos: grandes, verdosos, asombrosamente separados uno del otro; sin duda, yo jamás había visto ojos así dispuestos.

Se frotó concienzudamente con la toalla hasta quedar bien seco y, cogiendo de mis manos la camisa calentada en la estufa, se la puso, dobló con cuidado las mangas, y se sentó a la mesa. La expresión de recelo y hostilidad había desaparecido de su rostro; tenía aspecto cansado, severo y pensativo.

Yo esperaba que se arrojara vorazmente sobre la comida, pero se limitó a coger unas cucharadas, las masticó al parecer sin apetito y apartó la marmita; luego, siempre en silencio, se bebió un jarrito de té muy dulce —yo no había escatimado el azúcar— con bizcochos de mi ración especial, y se levantó pronunciando en voz baja:

—Gracias.

Mientras tanto, tuve tiempo de retirar el caldero en que regresaba un agua sucísima, grisácea por encima a causa del jabón, y de ahuecar la almohada. El chiquillo se subió a mi camastro y se acostó de cara a la pared, apoyando la mejilla en la palma de la mano. Acogía todas

mis acciones como algo natural y lógico. Comprendí que no era la primera vez que regresaba de «la otra parte», y sabía que, en cuanto en el estado mayor del ejército se enteraran de su llegada, darían la orden de «rodearlo de toda clase de atenciones».

Tapándolo con dos mantas, lo arrojé cuidadosamente por todas partes, como hacía conmigo mi madre cuando era niño

.

Procurando no hacer ruido, me preparé: me puse el casco, me eché el capote encima del abrigo, tomé el fusil automático y salí en silencio del refugio, ordenando al centinela que no dejara entrar a nadie durante mi ausencia.

Hacía un tiempo de perros. La lluvia había cesado, pero impetuosas ráfagas de viento del norte soplaban con furia; la noche era oscura y fría.

Mi refugio estaba en un bosquecillo joven, a setecientos metros del Dnieper, que nos separaba de los hitlerianos. La elevada orilla opuesta dominaba el terreno y nuestra primera línea, algo retirada, ocupaba posiciones más favorables; nuestras avanzadillas estaban en la misma orilla del río.

Caminaba por el bosquecillo en la oscuridad, orientándome esencialmente por las lejanas llamaradas de las bengalas en la orilla enemiga, que surgían aquí y allá a lo largo de toda la línea defensiva hitleriana. Bruscas ráfagas de ametralladora rompían a menudo el silencio nocturno: por las noches, los alemanes ametrallaban a cada momento nuestra franja ribereña y el propio río, según decía el jefe de regimiento, «como medida profiláctica».

Al acercarme al Dnieper me dirigí a la trinchera donde teníamos montado el puesto más cercano y ordené que llamaran al jefe de la sección que guarnecía la avanzadilla. Cuando se presentó, todo sofocado, recorrimos juntos la orilla. Me preguntó enseguida por el chico, pensando por lo visto que mi llegada estaba relacionada con su detención. Sin contestar a su pregunta, empecé de inmediato a conversar sobre otras cosas, pero mis pensamientos volvían de modo involuntario al muchacho. Miraba fijamente la líquida sábana, de medio kilómetro, del Dnieper, invisible en la oscuridad y, no sé por qué, no podía creer que el pequeño Bondariev hubiera venido de la otra orilla. ¿Quiénes lo ayudaron a atravesar el río y dónde estaban ahora? ¿Dónde se encontraba la barca? ¿Sería posible que hubieran pasado sin que los centinelas de las avanzadillas los vieran? ¿O quizás lo dejaron lanzarse al agua, a gran distancia de la orilla? Pero, ¿cómo pudieron permitir que un chiquillo tan delgaducho y débil se lanzara a las frías aguas otoñales?

Nuestra división se preparaba para forzar el Dnieper. En las instrucciones que había recibido —me las había aprendido casi de memoria— refiriéndose a hombres sanos, hechos y derechos, se decía: «si la temperatura del agua es inferior a 15°C, atravesar ríos a nado es, incluso para un buen nadador, extraordinariamente difícil y, si los ríos son anchos, imposible». Esto si era inferior a 15°C... ¿y siendo, como ahora, de unos 5°?

No, era indudable que la barca había llegado hasta muy cerca de la orilla. Pero, en ese caso, ¿cómo pudo pasar inadvertida? ¿Cómo, después de desembarcar al chiquillo, se retiró en silencio sin ser tampoco descubierta? Me perdía en conjeturas.

Sin embargo, los puestos de la avanzadilla vigilaban

atentamente. Sólo en un pozo de tirador, situado junto al propio río, descubrimos a un soldado dando cabezadas. Dormitaba de pie, apoyándose en la pared de la trinchera; su casco fue resbalando hasta cubrirle los ojos. Al vernos aparecer, empuñó su fusil automático y, medio dormido, estuvo a punto de cosernos de una ráfaga. Después de reñirles a media voz al soldado y al jefe de la sección, ordené que lo relevaran inmediatamente y lo castigaran.

En el flanco derecho de la trinchera, al terminar la ronda, nos sentamos en un nido de ametralladora, bajo el parapeto, y nos pusimos a fumar con los soldados. En la espaciosa trinchera, con su plazoleta para la máquina, había cuatro soldados.

—¡Camarada teniente mayor! ¿Qué tal por allá?

¿Han sacado algo en limpio del desarrapado ése? — preguntó con voz sorda uno de ellos, que estaba de pie, de servicio junto a la ametralladora y no fumaba.

—¿Por qué? —me interesé poniéndome en guardia.

—Por nada. Me parece que ahí hay algo turbio. En una nohecita como ésta, ni siquiera a un perro se le echa de casa y él se ha venido a meter en el río.

¿Qué necesidad tenía de ello?... ¿Buscaba una barca para irse a la otra orilla? ¿Para qué? ... Me da mala espina: ¡Habría que investigar bien este asunto! Hay que apretarle las clavijas, para aflojarle la lengua, y que suelte toda la verdad.

—Sí, parece sospechoso —asintió otro, no muy convencido. —Según dicen, calla y mira a la gente como un lobezno. Y, ¿por qué estaba desnudo?

—El chiquillo es de Novosiolki —mentí, dando lentamente una chupada. Novosiolki era un pueblo grande,

medio quemado, situado unos cuatro kilómetros a nuestra retaguardia. —Los nazis se han llevado a su madre, está fuera de sí... En tal estado de ánimo no sabe uno lo que hace.

—¡Mira nada más!

—Siente añoranza, pobrecillo —suspiró comprensivo un soldado entrado en años que fumaba sentado en cuclillas frente a mí; la lumbre del cigarro iluminaba fugazmente su ancho y curtido rostro cubierto de erizada barba. — ¡No hay nada peor que la añoranza! Y Yurlov siempre piensa mal, siempre busca lo más vil que hay en el ser humano. No se debe ser así —dijo en forma suave y juiciosa, dirigiéndose al soldado que estaba de pie junto a la ametralladora.

—Yo estoy siempre alerta —objetó tercamente Yurlov con voz sorda. —Y no me hagas reproches, ¡no me vas a cambiar! No puedo sufrir a los buenos y crédulos. ¡Por esa credulidad, nuestra tierra, desde la frontera hasta Moscú, está empapada en sangre!... ¡Basta!... Rebasas bondad y buena fe por todos los poros, ¡bien podrías prestarles un poco a los hitlerianos, que buena falta les hace!... Dígame una cosa, camarada teniente mayor: ¿dónde tenía la ropa? Y, a pesar de todo, ¿qué hacía en el agua? ¡Todo esto es muy extraño, y a mi juicio, sospechoso!...

—¡Míralo!; pregunta como si se dirigiera a un subordinado —se burló el soldado entrado en años.

—La has tomado con el chiquillo; como si no pudieran resolver este asunto sin ti. Mejor sería que preguntaras lo que piensa hacer el mando sobre la cuestión del vodka. No hay modo de librarse del frío y no tenemos con qué entrar en calor. Pregunta si van a darlo pronto. Y lo del

chiquillo, ya lo resolverán ellos mismos...

Después de seguir sentado con los soldados un rato más, recordé que pronto debía llegar Jolin y, despidiéndome, inicié el regreso. No permití que me acompañaran, pero muy pronto me arrepentí de ello; me perdí en la oscuridad; como luego se supo, me desvié hacia la derecha y vagué largo tiempo por los arbustos, detenido a cada paso por los gritos perentorios de los centinelas. Sólo media hora más tarde, transido de frío a causa del viento, pude llegar al refugio.

Para sorpresa mía el chiquillo no dormía. Estaba sentado, en camisa, con las piernas colgando del camastro. La estufa se había apagado mucho antes y en la chabola hacía bastante frío: un ligero vaho le salía de la boca.

—¿Aún no han llegado? —preguntó a bocajarro.

—No. Duerme, duerme. En cuanto lleguen te despertaré.

—¿Ha llegado allá?

—¿Quién?

—El soldado. Con el sobre.

—Ha llegado —contesté, aunque en realidad no lo sabía: una vez enviado el enlace, me había olvidado de él y del sobre.

Durante unos instantes miró con aire pensativo la luz de la lámpara y de pronto, al parecer intranquilo, preguntó:

—¿Estuvo aquí mientras dormía? ¿Hablo en sueños?

—No, no he oído nada. ¿Por qué?

—Por nada. Antes no hablaba. Ahora no sé. Estoy algo nervioso —reconoció amargamente.

Pronto llegó Jolin: un joven bien parecido, de unos vein-

tisiete años, alto, de pelo oscuro, que hizo irrupción en la chabola con una voluminosa maleta alemana en la mano. Largándome al pasar la húmeda maleta, se lanzó con los brazos abiertos hacia el chiquillo.

—¡Iván!

Al ver a Jolin, el chiquillo se animó al instante y sonrió. Sonrió por primera vez, feliz como un niño.

Era el encuentro de dos excelentes amigos e, indudablemente, en esos momentos yo estaba de más. Se abrazaron como personas mayores. Jolin besó unas cuantas veces al chiquillo, luego se apartó un poco, apretando sus estrechos y delgados hombros, lo contempló con ojos llenos de entusiasmo y dijo:

—Katasonich te espera con la barca junto a Dikovka y tú estás aquí.

—En Dikovka hay tantos hitlerianos que es imposible acercarse a la orilla —exclamó el chiquillo sonriendo con aire culpable. —Crucé el río Sosnovka. Sabes, en mitad del río quedé sin fuerzas, y para colmo me dio un calambre: pensé que estaba perdido...

—¡Cómo! ¿Lo cruzaste a nado? —gritó admirado Jolin.

—Sobre un tronco. No me regañes: no hubo más remedio. Todas las barcas están arriba y vigiladas. Con semejante oscuridad, ¿crees que es fácil encontrar la barquichuela? ¡Te zumban enseguida! Sabes, me quedé sin fuerzas, el tronco comenzó a dar vueltas, a resbalar... y, por si esto fuera poco, me entró un calambre en la pierna; pensé: ¡se acabó! ¡La corriente!... Me arrastró, me arrastró... ¡no sé cómo pude salir a flote!

Sosnovka era un caserío situado en la otra orilla, la enemiga, más arriba, remontando el río. La corriente

arrastró al chiquillo desviándolo casi tres kilómetros. Era un verdadero milagro que en aquella noche infernal un chiquillo pequeño y débil como aquél hubiera salido a flote en las frías aguas otoñales...

Jolin, volviéndose rápidamente hacia mí, me dio un enérgico apretón de manos. Tras ello, cogió la maleta, la puso fácilmente sobre el camastro y, mientras la abría me pidió:

—Anda y acerca más el coche. No pudimos llegar hasta aquí. Y ordena al centinela que ni permita pasar a nadie ni entre: no queremos testigos. ¿Entendido?

Este “entendido” del teniente coronel Griaznov se hizo habitual no sólo en nuestra división sino asimismo en el estado mayor del ejército: el «¿entendido?» interrogante y el imperativo «¡entienda!».

Tardé un poco en encontrar el coche y mostrar al chofer cómo debía acercarse a la tienda y, cuando al cabo de unos diez minutos regresé, encontré al chiquillo completamente transformado.

Vestía una pequeña guerrera de lanilla, hecha por lo visto a la medida, sobre la que destacaban la Orden de la Guerra Patria y la Medalla del Valor nuevecita, un cuello de blancura inmaculada, pantalón bombacho azul marino y unas preciosas botitas altas de piel de becerro. Ahora parecía un cadete: había algunos en el regimiento, pero él no llevaba charreteras.

Además, los cadetes tenían un aspecto mucho más fuerte y sano. Sentado gravemente en un taburete, departía con Jolin. Cuando entré, callaron, y yo incluso pensé que Jolin me había enviado a buscar el automóvil a fin de hablar con el chico sin testigos.



—¿Dónde te habías metido? —preguntó en cambio, mostrando descontento. —Trae otro jarrito y siéntate.

Sobre la mesa, cubierta por un periódico reciente, estaban ya colocados los manjares que había traído: tocino, embutido ahumado, dos latas de conserva, un paquete de galletas, dos cucuruchos y una cantimplora con vodka, un gorro de orejeras de oficial. Sobre el camastro yacía una chaqueta nueva, flamante, elegante, con funda de paño.

Jolin cortó el pan «a lo culto», en rebanadas finas, y luego echó vodka de la cantimplora en los tres jarritos: a mí y a él hasta la mitad y al chiquillo un dedo:

—¡Por nuestro encuentro! —exclamó alegremente, levantando el jarrito con gesto gallardo.

—Porque siempre regrese —dijo pensativo el chiquillo.

Jolin, mirándolo rápidamente, propuso:

—Por que vayas a la escuela militar Suvorov y salgas hecho un oficial.

—¡No, eso después! —protestó el chico. —Mientras estamos en guerra, ¡por que siempre regrese! —repitió con obstinación.

—Bueno, no vamos a discutir. Por tu futuro.

¡Por la victoria! Chocamos nuestros jarros y bebimos. El chico no estaba acostumbrado al vodka: al beberlo se atragantó, se le saltaron las lágrimas y tuvo que apresurarse a secárselas disimuladamente. Al igual que Jolin, cogió un pedazo de pan y lo estuvo oliendo durante largo rato; después lo comió, masticándolo con lentitud.

Jolin preparaba hábilmente bocadillos y se los pasaba al chiquillo; éste tomaba uno y lo comía despacio, como

con desgano.

—¡Come, come! —lo acuciaba Jolin, que engullía con envidiable apetito.

—He perdido la costumbre de comer mucho —suspiró el chico. No puedo.

Trataba a Jolin de «tú» y sólo tenía ojos para él. Parecía no advertir mi presencia. Después del vodka, a Jolin y a mí nos empezó a «picar el gusanillo», como se suele decir, y nuestras mandíbulas trabajaban enérgicamente. Por su parte, el chiquillo, después de comerse un par de pequeños bocaditos, se limpió con el pañuelo manos y boca, y murmuró:

—Ya está bien.

Entonces, Jolin echó ante él, sobre la mesa, bombones envueltos en papelitos multicolores. Al ver los bombones el rostro del chico no se animó gozosamente, como ocurre con los niños de su edad. Cogió uno sin apresurarse, con indiferencia, como si los comiera día a día hasta quedar satisfecho, lo desenvolvió, mordió un pedacito y, empujando los bombones hacia el centro de la mesa, nos propuso:

—¡Pruébenlos!

—No, hermano —rehusó Jolin. —Después del vodka no pega.

—Entonces vámonos —exclamó de pronto el chiquillo, levantándose sin mirar más a la mesa. —El teniente coronel me está esperando, ¿para qué demorar?... ¡Partamos! —exigió.

—Ya vamos— dijo algo desconcertado Jolin. Tenía la cantimplora en la mano y, por lo visto, pensaba llenar de nuevo su jarrito y el mío, pero al ver que el chico se ha-

bía levantado, colocó la cantimplora en su sitio. —Ya vamos —repitió con tristeza y se levantó.

Entretanto el chico se probó el gorro:

—¡Diablos, me queda grande!

—No he encontrado más pequeños. Lo escogí yo mismo —aclaró Jolin, como justificándose. —Pero en cuanto lleguemos ya encontraremos alguna solución...

Echó una mirada pesarosa a la mesa cubierta de entremeses, levantó la cantimplora, la agitó, me miró afligido, y dijo suspirando:

—¡Cuántas cosas buenas se pierden, eh!

—¡Déjalo! —exclamó el chiquillo con expresión de descontento y menosprecio. —¿Acaso estás hambriento?

—¡Qué va! Sencillamente, que la cantimplora consta en el inventario —bromeó Jolin. —Y los bombones no le hacen ninguna falta...

—¡No seas tacaño!

—No hay más remedio. ¡Ay! ¡Dónde no habremos dejado jirones del corazón!... —suspiró de nuevo Jolin y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Retira al centinela. Ten cuidado. Que no nos vea nadie.

Poniéndome el capote empapado, me acerqué al chiquillo. Mientras le abrochaba los garfios de la chaqueta, Jolin se jactó:

—En el coche hay heno. ¡Toda una gavilla! Cogí mantas y almohadas. Ahora nos tumbamos... y hasta el mismito estado mayor.

Tendí la mano al chico:

—¡Bueno, Iván, adiós!

—¡No adiós, sino hasta la vista! —corrigió severamente, tendiéndome su diminuta y estrecha mano, mientras me lanzaba una mirada de reojo.

El Dodge de la sección de información, con la capota levantada, estaba a unos diez pasos del refugio; me costó algún tiempo distinguirlo.

—Rodionov —llamé en voz baja al centinela.

—¡Diga usted, camarada teniente mayor!—sonó muy cerca, a mi espalda, una voz ronca y resfriada.

—Vaya a la tienda del puesto de mando. Lo llamaré pronto.

—¡A sus órdenes!

El soldado desapareció en la oscuridad.

Di la vuelta completa. No había nadie. El chofer del Dodge, con el capote echado sobre la chaqueta, parecía dormir, o quizás durmiera de verdad, apoyado en el volante.

Fui hacia la tienda, encontré a tientas la entrada y la entreabrí.

—¡Vengan!

El chico y Jolin, con la maleta en la mano, se deslizaron hacia el automóvil; se oyó el roce de la lona impermeabilizada, una corta conversación en voz baja

—Jolin despertaba al conductor—, arrancó el motor y el Dodge se perdió en la oscuridad.

El brigada Katasonov —jefe de sección en la compañía de exploración de la división— aparece por mi tienda

tres días después.

Pasa de la treintena. De baja estatura, delgado. Su boca es pequeña, con el labio superior prominente; la nariz diminuta, achatada, con fosas nasales minúsculas; los ojillos vivos, de un gris azulado. Con su cara simpática, de dulce expresión, Katasonov parece un conejito. Modesto, tranquilo, insignificante. Habla con pronunciado ceceo: posiblemente por eso es penoso y, en público, callado. Sin saberlo de antemano, nadie se imaginaría que es uno de los mejores cazadores de «lenguas» de nuestro ejército. En la división le llaman cariñosamente Katasonich.

Al ver a Katasonov me acuerdo de nuevo del pequeño Bondariiev; en estos días he pensado más de una vez en él. Decido aprovechar la primera oportunidad para preguntarle por el chiquillo. Debe de conocerlo. Era precisamente Katasonov quien aquella noche lo esperaba con la barca junto a Dikovka, donde «había tantos hitlerianos que era imposible acercarse a la orilla».

Al entrar en la tienda del puesto de mando, saluda en voz baja, llevando la palma de la mano a su gorro de paño con borde carmesí, y se queda de pie junto a la puerta, sin quitarse la mochila, esperando pacientemente a que termine de reprender a los escribientes.

Han metido la pata y estoy de mal humor, irritado; acabo de oír por teléfono una aburrida filípica de Maslov. Me llama casi cada día, por la mañana, para hablarme siempre de lo mismo: exige que a su debido tiempo, y a veces con anticipación, se le presenten toda una serie de informes, partes, formularios y estadillos. Hasta sospecho que parte de esa contabilidad es ideada por él: le gusta con delirio el papeleo.

Oyéndolo, puede creerse que la presentación de todos esos papeles al puesto de mando del regimiento a su debido tiempo decide la pronta y victoriosa terminación de la guerra. Resulta que todo depende de mí, Maslov exige que yo, personalmente, «ponga toda mi alma» en la contabilidad. Me esfuerzo y, a mi parecer, «pongo toda mi alma»; pero en el batallón no hay ayudantes, carecemos también de un buen escribiente: por regla general nos retrasamos y casi siempre resulta que nos hemos hecho un lío en alguna cosa. Pienso por enésima vez que, a menudo, combatir es más fácil que rendir cuentas, y espero con verdadera impaciencia que nos envíen un jefe de batallón efectivo: ¡que se las arregle!

Mientras riño a los escribientes, Katasonov, estrujando el gorro en la mano, espera de pie, en silencio, junto a la puerta.

—¿Qué quieres? —le preguntó al fin, volviéndome hacia él; aunque bien pudiera ahorrarme la pregunta: Maslov me había advertido que iba a venir Katasonov y me había ordenado dejarlo pasar al Punto de Observación (PO) y ayudarlo.

—A sus órdenes —dice Katasonov con sonrisa embarazada. —Quisiera mirar al alemán...

—Bueno... míralo —le permito en tono benévolo, hablando con lentitud para darme importancia, y ordeno al enlace que lo acompañe al PO del batallón.

Un par de horas más tarde, después de enviar un parte al puesto de mando del regimiento, me dirijo a la cocina del batallón para probar el rancho y, por entre los arbustos, me acerco al PO.

Katasonov mira con el tubo estereoscópico «al alemán». Aunque todo me es conocido, miro también.

Al otro lado del ancho Dnieper, sombrío y agitado por el viento, se divisa la ribera enemiga. A lo largo de la orilla, junto al agua, una estrecha franja de arena; sobre ella, una calzada, en forma de terraza, de un metro de altura por lo menos, y, más allá, la ribera arcillosa en la que algunos arbustos negrean al azar; por la noche la patrullan los destacamentos avanzados del enemigo. Más allá, un despeñadero abrupto, cortado casi a pico, de unos ocho metros de altura. Por su cresta se extienden las trincheras de la primera línea defensiva enemiga. Ahora, sólo los observadores están de guardia, mientras los demás descansan protegidos en los blindajes. Al anoecer, los alemanes se extenderán por las trincheras y dispararán en la oscuridad, lanzando cohetes luminosos hasta el amanecer.

Sobre la franja arenosa de la orilla de enfrente, junto al agua, yacen cinco cadáveres. Tres de ellos, separados uno del otro y en diferentes posturas, empiezan sin duda alguna a descomponerse: es ya la segunda semana que están allí. Pero hay dos recientes, sentados uno junto al otro, con las espaldas apoyadas en la pared, precisamente enfrente del PO donde me encuentro. Ambos están desnudos y descalzos; uno de ellos tiene puesta una camiseta rayada de marino, claramente visible en el tubo estereoscópico.

—Liajov y Moroz —dice Katasonov sin apartarse de los oculares.

Resulta que son compañeros suyos, sargentos de la compañía de exploración de la división. Prosiguiendo su observación, relata con voz tranquila y ceceante cómo ocurrió todo.

Cuatro días atrás, un grupo de exploración integrado por cinco personas pasó a la otra orilla con el fin de capturar

algún prisionero. Atravesaron el río algo más abajo. Detuvieron a uno sin ruido alguno, pero, cuando volvían, los alemanes los descubrieron. Entonces, tres de ellos se replegaron hacia la barca, con el «fritz» capturado, y lograron retirarse, aunque por el camino uno de ellos murió al pisar una mina y el prisionero, ya en la barca, fue herido por una ráfaga de ametralladora. Estos dos, Liajov y Moroz, se echaron pecho a tierra y cubrieron con el fuego de sus armas el repliegue de sus compañeros.

Murieron en lo profundo de la defensa enemiga. Los alemanes, después de desnudarlos, los arrastraron por la noche hacia el río y los pusieron ahí, bien a la vista de nuestra orilla, como aleccionador escarmiento.

—Habría que traerlos... —suspira Katasonov al terminar su parco relato.

Cuando salimos del blindaje le pregunto sobre el pequeño Bondariev.

—¿Ivancito? —Katasonov me mira y su rostro se aureola con una tierna y cálida sonrisa. ¡Magnífico muchacho! ¡Sólo que tiene un carácter... una verdadera desgracia! Ayer hubo una batalla en toda regla.

—¿Qué pasó?

—¿Acaso la guerra es una ocupación apropiada para él?... Lo envían a la escuela militar de Suvorov. Orden del jefe. Y se planta: de ninguna manera. Repite tenazmente: «Después de la guerra. Ahora combatiré como explorador».

—Y bien, si hay orden del jefe no creo que combata mucho.

—¿Y quién se lo va a impedir? ¡El odio lo consume!... Si no lo envían, se irá él mismo. Ya se fue una vez. —



Katasonov mira la hora suspirando y, de pronto, se acuerda. —Bueno, ¡vaya manera de darle a la lengua! ¿Por ahí se va al PO de artillería? —pregunta, indicando con la mano.

Un instante después se deslizaba ya por el bosquecillo, apartando hábilmente las ramas y caminando sin hacer el menor ruido.

Desde los puntos de observación de nuestro batallón y del tercer batallón que enlazaba con nosotros por el flanco derecho, como asimismo desde los PO de los artilleros divisionarios, Katasonov mira «al alemán» durante dos días, tomando notas y haciendo croquis en su cuaderno de campaña. Me informan que se ha pasado toda la noche en el PO, junto al tubo estereoscópico; allí mismo se pasó la mañana, la tarde y la noche; involuntariamente pienso: ¿cuándo duerme?

Al tercer día por la mañana llega Jolin. Irrumpe en la tienda del puesto de mando y saluda ruidosamente a todo el mundo. Diciéndome: «¡Aguántate y no digas que es poco!», me aprieta la mano con la fuerza que me crujen las articulaciones de los dedos y me retuerzo de dolor.

—¡Te voy a necesitar! —advierte, Tras ello, cogiendo el teléfono, llama al tercer batallón y conversa con su jefe, el capitán Riabtsev.

—Llegará ahí Katasonov: ¡ayúdalo!... Él mismo te aclarará... ¡Y dale comida caliente!... Escucha: si preguntan por mí los artilleros o alguna otra persona, diles que estaré con ustedes en el puesto de mando a la una en punto de la tarde —le encarga Jolin. —¡Y también me harás falta! Prepara el esquema de la defensa y quédate en tu sitio...

Trata a Riabtsev de «tú» a pesar de que éste le lleva diez

años. Aunque no es nuestro jefe, tanto a Riabtsev como a mí nos trata como si fuéramos sus subordinados. Él es así; exactamente igual habla con los oficiales del estado mayor de la división y con el jefe de nuestro regimiento. Claro está que, para todos nosotros, él es el representante del estado mayor del ejército; pero no es sólo esto. Lo que ocurre es que, como les pasa a muchos exploradores, se ve que está convencido de que el servicio de información es lo principal en las operaciones militares y, por ello, todos tenemos el deber de ayudarle, y ahora, colgando el teléfono, sin preguntarme siquiera qué es lo que pienso hacer y si tengo trabajo en el puesto de mando, me dice en tono de orden:

—Coge el esquema de la defensa y vamos a ver tus tropas.

Sus maneras y tono imperativo me desagradan, pero los exploradores me han contado muchas cosas de él, de su intrepidez e ingeniosidad, y por eso callo, pasándole por alto lo que a otro no le permitiría. Nada urgente me retiene, pero le digo, adrede, que necesito quedarme algún tiempo en el puesto de mando, y sale de la tienda diciéndome que me espera junto al coche.

Aproximadamente un cuarto de hora más tarde, después de mirar el libro-diario y el fichero, salgo. El Dodge de la sección de información, con la caseta cubierta con una lona impermeable, está cerca, bajo los abetos. El chofer, con su fusil automático al hombro, pasea algo apartado. Jolin, sentado ante el volante, tiene desplegado sobre éste un detallado plano del frente; a su lado está Katasonov sosteniendo en sus manos el esquema de la defensa; conversan. Al acercarme, callan y se vuelven hacia mí. Katasonov salta apresuradamente de la cabina y me saluda sonriendo, cohibido como de costumbre.

—¡Está bien! —le dice Jolin enrollando el plano y el esquema; sale también de la cabina. —¡Estudie todo detenidamente y descanse! Dentro de dos o tres horitas me acercaré...

Por uno de los muchos senderos, conduzco a Jolin hacia la avanzadilla. El Dodge se dirige a las posiciones del tercer batallón. Jolin está de buen humor y camina silbando alegremente. El día es frío y tranquilo; tan tranquilo, que parece posible olvidar la guerra. Pero la guerra está ahí, ante nosotros: a lo largo del lindero hay trincheras recién cavadas y, a la izquierda, la bajada al paso de comunicación: una trinchera cubierta, cuidadosamente disimulada con césped y arbustos, que conduce a la misma orilla del río.

Tiene una longitud de más de cien metros.

Con el batallón incompleto, falto de personal, abrir por las noches un paso semejante, con las fuerzas de una sola compañía, no ha sido una tarea fácil. Se lo explico a Jolin, esperando que valore nuestro trabajo, pero, lanzándome una mirada fugaz, me pregunta dónde están situados los puntos de observación principal y auxiliar del batallón. Se lo indico.

—¡Qué silencio! —observa maravillado y, deteniéndose detrás de unos arbustos cerca del lindero, examina con sus gemelos de campaña el Dnieper y la ribera que, desde aquí, desde esta pequeña elevación, se ven como si estuvieran en la palma de la mano. Mis propias «tropas» le interesan poco, por lo visto.

Mientras mira, estoy ocioso a su espalda y, acordándome, pregunto:

—¿Y quién es el chiquillo que estuvo en mi chabola?  
¿De dónde venía?

—¿El chiquillo? —Jolin, pensando en alguna otra cosa, repite distraídamente mi pregunta. —¡Ah, Iván!... ¡Quien mucho sabe poco vive! —contesta bromeando; y me propone—: ¿Sabes qué?, ¡vamos a probar tu metro!

La trinchera está oscura. En algunos lugares hay rendijas para la luz, pero están cubiertas con ramas. Avanzamos en la semioscuridad; andamos encorvándonos un poco y parece que jamás vamos a llegar al fin de este paso húmedo y sombrío. Mas he aquí que a lo lejos se vislumbra claridad; un poco más y llegamos a la trinchera de la avanzadilla, situada a una quincena de metros del Dnieper.

Un joven sargento, el jefe de la sección, me da el parte mirando de reojo al imponente Jolin.

La ribera es arenosa, pero en la trinchera hay un barro líquido que llega hasta los tobillos, seguramente a causa de que su fondo está en un nivel más bajo que el del agua del río.

Sé que a Jolin, cuando está de buen humor, le gusta charlar y gastar bromas. Ahora, sacando un paquete de Bielomor, nos invita a mí y a los soldados, y, encendiendo un cigarro, observa alegremente:

—¡Vaya vida la de ustedes! Están en la guerra y como si no la hubiera. ¡Silencio, tranquilidad, divina felicidad!

—¡Sí, un balneario! —asiente sombrío el ametrallador Chupajin, combatiente flaco y encorvado, que viste una chaqueta y un pantalón acolchados. Quitándose el casco, lo coloca en el mango de una pala levantándolo un poco por encima del parapeto: Pasan unos segundos, suenan disparos en la orilla opuesta y las balas pasan silbando, estridentes, sobre nuestras cabezas.

—¿Un francotirador? —pregunta Jolin.

—Un balneario —repite obstinadamente Chupajin. — Baños de barro «medicinal» bajo la vigilancia de cariñosos parientes...

Por la misma trinchera oscura regresamos al PO. El hecho de que los alemanes observen con atención nuestra avanzadilla no le ha gustado a Jolin. Aunque es natural que el enemigo no duerma y vigile sin descanso, Jolin se pone de pronto hosco y silencioso.

En el PO examina durante unos diez minutos la ribera derecha en el tubo estereoscópico, hace varias preguntas a los observadores, hojea su diario y les riñe, diciéndoles que no saben nada, que las anotaciones son escasas y no dan idea del régimen y del comportamiento del enemigo. Yo no estoy de acuerdo con él, pero guardo silencio.

—¿Sabes quién es el que está allí con la camiseta rayada de marinero? —me pregunta, refiriéndose a los exploradores que yacen muertos en la otra orilla.

—Lo sé.

—¿Y qué?, ¿no los puedes recoger? —dice descontento y como con desprecio. —¿Trabajo para una hora! ¿Esperas órdenes de arriba?

Salimos del blindaje y le pregunto:

—¿Qué es lo que estás mirando con Katasonov?

¿Acaso preparan la búsqueda?

—¿Los pormenores en los anuncios! —me lanza ceñudo Jolin sin mirarme y se encamina por la espesura hacia las posiciones del tercer batallón.

Lo sigo sin titubear.

—¡No te necesito ya! —declara de pronto sin volverse.

Me detengo desconcertado, lo miro a la espalda y vuelvo hacia atrás al puesto de mando.

«¡Espera!» El desparpajo de Jolin me ha irritado. Estoy ofendido, enojado; reniego a media voz. Un combatiente que pasa junto a mí, después de saludar, se vuelve y me mira sorprendido.

En el puesto de mando el escribiente me informa:

—El comandante ha llamado dos veces. Ordenó que usted informe... Llamo al jefe del regimiento.

—¿Cómo te van las cosas? —pregunta ante todo con su voz pausada y tranquila.

—Todo está en orden, camarada comandante.

—Irás a verte Jolin. Haz cuanto haga falta y ayúdale todo lo que puedas...

«¡EI diablo se lo lleve!», pienso.

Entretanto, el comandante, después de un corto silencio, añade:

—Esto es orden de «Volga». Me ha llamado el ciento uno...

«Volga» es el estado mayor del ejército; «ciento uno», el jefe de nuestra división, coronel Voronov.

«¡Que digan lo que quieran! —pienso. —¡No voy a correr detrás de él! ¡Lo que pida lo haré, pero no voy a jalarle la leva ni mucho menos!»

Y paso a ocuparme de mis asuntos, procurando ni acordarme siquiera de que Jolin existe.

Después de la comida visito el puesto de socorro del batallón. Está instalado en dos espaciosos blindajes situa-

dos en el flanco derecho, junto al tercer batallón. Tal situación es muy incómoda, pero el caso es que, tanto las tiendas como los blindajes que ocupamos fueron contruidos por los alemanes y, como es comprensible, en lo que menos pensaban al hacerlos era en nuestra comodidad.

La nueva médico militar, llegada al batallón diez días atrás —linda rubia de unos veinte años, de buen tipo y luminosos ojos azules—, me saluda militarmente, desconcertada. Llevando la mano a la toca de gasa, alisa su opulento pelo e intenta darme el parte. En vez de un parte resulta ser un tímido e incomprensible balbuceo. No le digo nada. Su antecesor, el teniente mayor Vostrikov —un viejo médico militar aquejado de asma—, murió en el campo de batalla dos semanas atrás. Tenía experiencia, era hábil y atrevido.

¿Y ella? Por ahora estaba descontento.

El uniforme militar: guerrera planchada, apretada en el talle por un ancho cinturón, la falda muy ceñida a las bien redondeadas caderas y las primorosas botitas de piel de becerro, de las que emergen sus esbeltas piernas, todo le sienta a maravilla. La médico es tan hermosa que me esfuerzo por no mirarla.

Dicho sea entre paréntesis, es paisana mía, también oriunda de Moscú. Si no estuviéramos en guerra, al encontrarla seguramente me hubiera enamorado, y si ella me hubiera correspondido, mi felicidad no hubiese tenido límites: hubiera corrido por las tardes a la cita, hubiese bailado con ella en el Parque Gorki y nos hubiéramos besado en algún rincón del jardín Nieskuchni... Mas ¡ay!... ¡Estamos en guerra! Soy jefe del batallón y ella no puede ser para mí otra cosa que una médico militar que, por cierto, no sabe cumplir sus deberes.

Y en tono hostil le digo que en las compañías han aparecido nuevamente piojos, que no se hierva la ropa como es debido y el baño del personal no está, hasta ahora, debidamente organizado. Le formulo toda una serie de quejas y exijo que no olvide que es oficial, que no intente hacerlo todo personalmente, sino que obligue a que trabajen los instructores de sanidad y los enfermeros de las compañías.

Está ante mí en posición de firmes y con la cabeza inclinada. En voz baja y entrecortada repite sin cesar: «A sus órdenes... a sus órdenes... a sus órdenes», y me asegura que se esfuerza y que pronto «estará todo como es debido».

Parece abatida y me da lástima. Pero no debo ceder a ese sentimiento, no tengo derecho a tenerle lástima. Mientras estemos a la defensiva se puede quedar, pero deberemos forzar el Dnieper y mantener duros combates ofensivos; el batallón tendrá decenas de heridos y la salvación de sus vidas dependerá en mucho de esta muchacha con charreteras de teniente del servicio de sanidad militar.

Salgo de la tienda sumido en tristes meditaciones; la médico me sigue.

A la derecha, a unos cien pasos de nosotros, está el cerro donde se encuentra el PO de la artillería divisionaria. En la falda del cerro, por la parte de nuestra retaguardia, hay un grupo de oficiales: Jolin, Riabtsev, unos jefes de batería del regimiento de artillería que me eran conocidos, el jefe de la compañía de morteros del tercer batallón y otros dos oficiales, desconocidos para mí. Jolin y otros dos tienen en sus manos planos o esquemas. Se ve a todas luces que, como me parecía, se prepara la búsqueda y, a juzgar por todos los indicios, se efectuará por el sector del tercer batallón.



Al vernos, los oficiales se vuelven y miran hacia nosotros. Riabtsev, los artilleros y el jefe de morteros me saludan agitando las manos; les contesto de la misma manera. Espero que Jolin me llame, puesto que debo «ayudarlo todo lo que pueda», pero está de costado mostrando algo en el mapa a los oficiales.

Me vuelvo hacia la médico y le digo:

—¡Le doy dos días de plazo para poner en orden el servicio sanitario! ¡Infórmeme del cumplimiento de la orden!

Ella balbucea algo ininteligible. Saludando secamente, me marchó, dispuesto a aprovechar la primera oportunidad para conseguir que la trasladen a otro sitio. Que nos envíen otro médico. Y que sea, obligatoriamente, un hombre.

Me estoy hasta el atardecer en las compañías: examino las tiendas y blindajes, paso revista de armas, converso con los combatientes que han regresado del puesto de socorro del batallón y juego con ellos al dominó.

Ya ha oscurecido cuando regreso a mi tienda y descubro allí a Jolin. Duerme vestido, con guerrera y pantalón bombacho, acomodado en mi camastro. Sobre la mesa hay una nota: «Despiértame a las 18:30. Jolin».

He llegado justamente a tiempo y lo despierto. Al abrir los ojos, se sienta en el camastro bostezando, se despereza y exclama:

—¡Eres jovencito, pero tienes buen gusto!

—¿Qué dices? —pregunto sin comprender.

—¡Te digo que la médico es imponente! —Al llegar al rincón donde está el lavabo, Jolin empieza a lavarse. — Sólo que de día no vayas a verla —me aconseja—, vas a

perder tu autoridad.

—¡Vete al diablo! —le grito malhumorado.

—Eres un grosero, Galtsev —observa Jolin con aire bonachón. Sigue lavándose, lanzando bufidos y salpicándose con entusiasmo. —No entiendes las bromas amistosas... y tu toalla está sucia. Bien te la podría lavar. ¡No tienes ni pizca de disciplina!

Secándose la cara con la toalla «sucia», se interesa:

—¿Nadie ha preguntado por mí?

—No lo sé, no estaba aquí.

—Y, ¿no te ha llamado nadie?

—Hacia el mediodía llamó el jefe del regimiento.

—¿Para qué?

—Para pedirme que te ayude.

—¿Para «pedirte»? ¿Qué me dices? —Jolin sonrío. — ¡Vaya trato que te gastas! —Me lanza una mirada burlesca y despreciativa. —Pero ¿en qué podrías ayudar tú?

Encendiendo un cigarro emboquillado, sale de la tienda, pero pronto regresa y, frotándose las manos, me dice satisfecho:

—¡Buena nochecita vamos a tener! ¡Ni que fuera por encargo!... A pesar de todo, Dios es a veces misericordioso. Dime, ¿crees en Dios? ¿Qué es eso? ¿Adónde piensas ir? —pregunta severamente. —No salgas a ninguna parte. Es posible que todavía te necesite.

Sentándose en el camastro, empieza a cantar con aire pensativo, repitiendo sin cesar las mismas palabras:

*Noche oscurita,  
estoy asustado.*

*Ay, Marujita,  
ven a mi lado...*

Hablo por teléfono con el jefe de la cuarta compañía y, al colgar el auricular, oigo el ruido de un coche que se acerca. Alguien llama despacito a la puerta.

—¡Adelante!

Katasonov entra, cierra la puerta y, haciendo el saludo militar, informa:

—¡A sus órdenes, camarada capitán! ¡Hemos llegado!

—¡Retira el centinela! —me dice Jolin, dejando de cantar y poniéndose vivamente en pie.

Salimos detrás de Katasonov. Está lloviznando. Cerca de la tienda está el conocido camión cubierto con su toldo. Cuando el centinela desaparece en las tinieblas, Jolin desata por detrás la lona impermeable y llama en voz baja:

—Iván...

—Aquí estoy —contesta una voz infantil, y al momento, una pequeña figura surge de debajo del toldo y salta ágilmente al suelo.

—¡Salud! —me dice el chico en cuanto entramos en la tienda; y sonriendo con inesperada amabilidad, me tiende la mano.

Tiene mejor aspecto y parece más sano; sus mejillas están sonrosadas.

Katasonov le sacude de la chaqueta el polvo de heno y Jolin le propone solícito:

—¿No querrías acostarte a descansar?

—¡Qué va! Ya he dormido medio día, ¿cómo voy a dormir de nuevo?

—Entonces danos algo interesante —me dice Jolin. — Una revista o alguna otra cosa. ¡Pero que sea con ilustraciones!

Katasonov ayuda al chico a quitarse la chaqueta y entretanto pongo sobre la mesa varios ejemplares de *Fuegucillo*, *El Soldado rojo* e *Ilustraciones del Frente*. Como algunas de estas revistas el muchacho ya las ha visto, las echa a un lado.

Hoy está irreconocible: hablador, sonrío con frecuencia, me mira afablemente y me trata de «tú» como a Jolin y Katasonov. Siento un entrañable cariño por este muchacho de cabello rubio. Recordando que tengo una cajita de caramelos, la saco, la abro y la pongo ante él; le echo en un jarrito yogurt, luego me siento a su lado y miramos las revistas.

Entretanto Jolin y Katasonov traen del camión la conocida maleta, un voluminoso bulto envuelto en un capote, dos fusiles automáticos y un pequeño maletín de chapa de madera.

Después de meter el bulto debajo del camastro, se sientan a nuestra espalda y conversan. Oigo como Jolin, a media voz, le habla de mí a Katasonov:

—...si lo hubieras oído hablando alemán, ¡como un «fritz»! La primavera pasada quise reclutarlo como intérprete y ahí lo tienes ya de jefe de batallón...

Era verdad. Hacía algún tiempo Jolin y el teniente coronel Griaznov, habiéndome oído cuando, por orden del jefe de la división, interrogaba a los prisioneros, trataron

de convencerme para que pasara a la sección de información en calidad de intérprete. Pero no quise, y no me arrepiento: a la sección de información hubiera ido gustoso como explorador, pero no como intérprete.

Katasonov atiza la estufa y suspira en voz baja:

—¡La noche está estupenda!

Él y Jolin hablan a media voz de la próxima operación y me entero de que lo que han preparado no es en absoluto una búsqueda. Para mí queda claro que, esta noche, Jolin y Katasonov tienen que pasar al chiquillo a través del Dnieper y dejarlo en la retaguardia de los alemanes.

Con este fin, han traído consigo un pequeño bote de goma, pero Katasonov trata de persuadir a Jolin para coger un botecito de fondo plano de los que hay en mi batallón. «Buenos barquillos», susurra, refiriéndose a los botecitos.

¡Qué diablos! ¡Los olfatearon! En el batallón tenemos cinco botes pesqueros de fondo plano y es ya el tercer mes que los llevamos con nosotros. A fin de que no nos los cogieran para los demás batallones, que no tienen más que un bote cada uno, ordené que los escondieran con cuidado y los taparan con heno durante las marchas; y en los informes de los medios auxiliares de que disponemos para atravesar ríos, hago constar solamente dos botes en vez de cinco.

El chico come caramelos y mira las revistas. No presta atención alguna a la conversación de Jolin y Katasonov. Después de mirar las revistas, aparta una, en la que hay un relato sobre los exploradores, y me dice:

—Voy a leer esto. Escucha, ¿no tienes gramófono?

—Sí, pero tiene la cuerda rota.

—Vives pobremente—me dice, y de pronto pregunta—: Y dime, ¿puedes mover las orejas?

—¿Las orejas? No, no puedo —digo sonriendo.

—¿Por qué?

—¡Pues Jolin puede! —me comunica con aire de triunfo; y, volviéndose, añade: —¡Jolin, mueve tus orejas!

—¡Siempre a tu disposición! —y Jolin, diligente, se acerca de un salto y, poniéndosenos delante, mueve las orejas; al hacerlo, su rostro queda completamente inmóvil.

El chico, satisfecho, me mira con aspecto triunfal.

—No te aflijas —me dice Jolin—, te enseñaré a mover las orejas. Ya tendrás tiempo. Pero ahora ven a enseñarnos los botes.

—¿Me llevarán? —pregunto sorprendiéndome a mí mismo.

—¿Adónde?

—A la otra orilla.

—Lo ves —dice Jolin indicando con la cabeza hacia mí—, ¡un voluntario! ¿Para qué quieres ir a la otra orilla?

—Y, midiéndome con la mirada, como valorándome, pregunta—: Al menos, ¿sabes nadar?

—Para salir de apuros. Sé nadar y remar.

—¿Y cómo nadas? ¿En línea vertical, de arriba abajo? —pregunta Jolin con el aspecto más serio del mundo.

—¡En todo caso, creo que no peor que tú!

—Más concretamente: ¿puedes atravesar a nado el Dnieper?

—Cinco veces —le contesto. Y es verdad, si se tiene en cuenta que me refiero a nadarlo desnudo y en verano. — ¡Puedo atravesarlo fácilmente cinco veces, ida y vuelta!

—¡Qué fanfarrón! —dice Jolin riéndose a mandíbula batiente; los tres se ríen. Mejor dicho, se ríen Jolin y el chico, mientras Katasonov sonrío incómodo.

De pronto, haciéndose el serio, Jolin pregunta:

—¿Y tú no haces tonterías con la escopeta?

—¡Vete al cuerno! —le digo enfadado, comprendiendo que viene con segundas.

—¿Lo ven? —dice Jolin refiriéndose a mí—, ¡ya está bravo! No aguanta nada. Tiene los nervios deshechos y pide que lo llevemos a la otra orilla. ¡Que no, hombre, que no! ¡Mejor será no enredarse contigo!

—En ese caso no les daré el bote.

—Lo cogemos sin ti. ¿Crees que no tenemos manos? ¡Y si llamo al jefe de la división tendrás que llevarlo en hombros hasta el mismo río!

—Cállense ya —interviene apaciguador el chiquillo. — Nos lo va a dar... ¿verdad que nos lo vas a dar? — pregunta mirándome a los ojos.

—Tendré que dárselos —contesto sonriendo forzada-mente.

—¡Entonces vamos a verlo! —Jolin me coge por la manga. —Quédate aquí —le dice al muchacho. — Pero no corretees por ahí. Descansa.

Katasonov, poniendo sobre el taburete el maletín de cha-  
pa de madera, lo abre: contiene distintas herramientas,  
latas llenas de no sé qué, trapos, estopa, vendas. Antes de  
ponerme la chaqueta acolchada, sujeto al cinto un puñal

con empuñadura repujada.

—¡Huy, qué puñal! —exclama admirado el chico, y sus ojos brillan de deseo. —¡Enséñamelo!

Se lo tiendo; dándole vueltas entre las manos, me pide:

—¡Oye, dámelo!

—Yo te lo daría, pero es un regalo... ¿comprendes? No lo engaño. Este puñal es un regalo y un recuerdo de mi mejor amigo, Konstantin Jolodov. Desde el tercer grado, Konstantin y yo ocupábamos el mismo pupitre, juntos fuimos al ejército, estudiamos en la escuela militar y combatimos en la misma división y más tarde en el mismo regimiento.

Al amanecer de aquel día de septiembre yo estaba en una trinchera a orillas del Diesna vi como Konstantin —el primero de nuestra división— empezó con su compañía a atravesar el río para alcanzar la orilla opuesta. Las balsas, hechas de troncos, pértigas y toneles, pasaban ya el centro del río cuando los alemanes centraron en ellas el fuego de su artillería y sus morteros. Al momento, un blanco surtidor de agua cayó como una tromba sobre la balsa de Konstantin... No pude ver lo que ocurrió después porque el auricular que mantenía en sus manos el telefonista emitió roncamente: «¡Adelante, Galtsev!¡». Y conmigo, toda mi compañía —más de cien hombres—, saltando el parapeto, nos lanzamos al agua hacia otras balsas semejantes. Media hora más tarde combatíamos ya, cuerpo a cuerpo, en la orilla opuesta...

No había decidido aún lo que haría con el puñal: guardarlo como recuerdo o, al regresar a Moscú una vez terminada la guerra, ir al tranquilo callejón de Arbat y entregarlo a los padres de Konstantin como postrer recuerdo de su hijo...



—Te regalaré otro —le prometo al chico.

—¡No, quiero éste! —insiste caprichosamente mirándome a los ojos. —¡Dámelo!

—No regatees, Galtsev —me lanza Jolin en tono desaprobatorio. Está de pie, vestido, esperándonos a mí y a Katasonov. —¡No seas agarrado!

—Te regalaré otro. ¡Igualito que éste! —trato de convencer al muchacho.

—Tendrás un puñal como éste —le promete Katasonov después de examinarlo. Yo te lo traeré.

—Sí, yo te lo haré, ¡palabra de honor! —le aseguro. Éste es un regalo, ¿comprendes? ¡Un recuerdo!

—Está bien —se conforma al fin el chico con voz ofendida— Pero déjame ahora para jugar...

—Deja el puñal y vamos —me apresura Jolin.

—¿Para qué voy a ir con ustedes? ¿A santo de qué? —reflexiono en alta voz mientras me abrocho la chaqueta enguatada. —No me van a llevar y la ubicación de los botes... ya la conocen ustedes.

—Vamos, vamos —me empuja Jolin. —Vendrás conmigo —me promete. —Pero no hoy.

Salimos los tres y, por el bosquecillo, nos dirigimos al flanco derecho. Una llovizna fría nos azota el rostro. La noche es oscura. El cielo está completamente encapotado. No se ve ni una estrella, ni la menor claridad. Katasonov se desliza delante de nosotros con el maletín, pisando sin ruido y con tal seguridad, que parece que cada noche pasa por este sendero. Pregunto de nuevo a Jolin por el muchacho, y me entero de que el pequeño Bondariev es de Gomel, pero antes de la guerra vivía con sus

padres en un puesto fronterizo de las orillas del Báltico. Su padre, guardafronteras, cayó el primer día de la guerra. Su hermanita, de año y medio, murió en los brazos del chiquillo durante la retirada.

—Imposible imaginar lo que ha sufrido —me dice Jolin en un susurro. —Ha estado con los guerrilleros y en el campo de la muerte de Trostians... Sólo piensa en una cosa: ¡vengarse hasta lo último! Cuando cuenta cosas del campo o recuerda a su padre y a su hermanita lo acometen terribles convulsiones de furor y de rabia. Jamás pensé que una criatura pudiera odiar con tal fuerza...

Jolin calla por unos momentos; luego, en un susurro apenas perceptible, prosigue:

—Dos días hemos estado batallando con él, tratando de convencerlo para que fuera a la escuela militar Suvorov. El propio jefe del ejército ha procurado hacerlo entrar en razón por las buenas y por las malas. Y, después de todo, ha tenido que dejarlo ir. Pero con una condición: ¡es la última vez! ¿Te das cuenta de la situación? Si no lo enviamos, puede salirnos el tiro por la culata. Cuando vino por primera vez, decidimos no enviarlo. ¿Sabes lo que hizo?... ¡Se escapó y se fue por su cuenta y riesgo! Y, al regresar, nuestros propios soldados, los de las avanzadillas del regimiento de Shilin, lo ametrallaron. Lo hirieron en el hombro. Y no se les puede echar la culpa: la noche era oscura y nadie sabía nada de nada. Comprendes que lo que él hace difícilmente pueden hacerlo los mayores. Él solo da más información que toda una compañía de exploración. Ellos no pueden penetrar más allá de la retaguardia táctica de los alemanes. Penetrar y legalizarse en la retaguardia estratégica del enemigo, estarse allí durante cinco o diez días, por ejemplo, es algo casi imposible para un grupo de exploración. Y para un explorador

por separado es más difícil aún, porque las personas mayores, sea cual sea el aspecto con que se presentan, siempre inspiran sospechas. Pero un chicuelo vagabundo, sin hogar y sin familia, es posiblemente el más apropiado para la exploración en la retaguardia estratégica. Si lo conocieras más de cerca. ¡Es un muchacho magnífico! Ya está decidido: si después de la guerra no encontramos a su madre, Katasonov o el teniente coronel lo adoptarán...

—¿Por qué ellos y no tú?

—Yo lo cogería —susurra Jolin en un suspiro—, pero el teniente coronel no quiere. ¡Dice que hay que educarme todavía! —reconoce, sonriendo con ironía.

Mentalmente estoy de acuerdo con el teniente coronel: Jolin es grosero y en ocasiones desenvuelto y cínico. Verdad es que en presencia del chico se contiene, y hasta parece temerle.

A unos ciento cincuenta metros de la orilla, torcemos hacia los matorrales, donde, cubiertos de ramas de abeto, están guardados los botes de fondo plano.

Por orden mía los mantienen preparados y, un día sí y otro no, los mojan, para que no se resquebrajen.

Alumbrando con sus linternas, Jolin y Katasonov examinan los botes, palpan el fondo y los bordes. Luego, viran cada bote boca arriba, se sientan, y poniendo los remos en los estobos, «reman». Al fin eligen uno pequeño, de ancha quilla, en el que caben sólo tres o cuatro personas.

—Las abrazaderas éstas no sirven para nada — Jolin coge la cadena y, como si fuera el amo, empieza a desenroscar la argolla. Lo demás lo haremos en la orilla. Primero lo probaremos en el agua...

Levantamos el bote —Jolin por la proa, Katasonov y yo por la popa—y damos unos cuantos pasos, abriéndonos camino entre los matorrales.

—¡Vaya unos ayudantes! —gruñe de pronto Jolin en voz baja. —¡Venga, ayúdenme a cargarlo!...

Lo hacemos. Se echa a la espalda el bote, por el fondo plano; con las manos extendidas por encima de la cabeza, se aferra por ambas partes a los bordes del bote y, un poco encorvado, camina a grandes zancadas detrás de Katasonov, hacia el río.

Junto a la orilla, me les adelanto para avisar al centinela; por lo visto, para esto tenían necesidad de mí. Jolin, con su carga, se aproxima poco a poco al agua y se detiene.

Entre los tres, con cuidado para no hacer ruido, echamos el bote al agua.

—¡Siéntense!

Nos sentamos. Jolin, después de empujar el bote, salta a la popa. La ligera embarcación se aparta de la orilla. Katasonov, remando con un remo y maniobrando con el otro, la hace virar bien a la derecha, bien a la izquierda. Después, él y Jolin, como si quisieran volcar el bote, se echan alternativamente ora sobre el borde izquierdo ora sobre el derecho, con tal fuerza que parece que la barquilla va a llenarse de agua. Después, se ponen a gatas y palpan los bordes y el fondo del bote.

—¡Buena barquilla! —musita aprobador Katasonov.

—Sirve, —dice asintiendo Jolin. —Resulta que es un especialista en robar botes: ¡los malos no los coge!... ¡Confiesa, Galtsev, ¿a cuántos has desvalijado?

Desde la otra orilla, las ametralladoras enemigas sueltan sin cesar ráfagas que resuenan secamente sobre las aguas

del río.

—Se creen que el mundo entero es un tiro al blanco —cecea burlón Katasonov. —Parecen calculadores y avaros, pero si te fijas bien ves que son unos derrochadores, ¿Qué sacan con disparar a ciegas? Camarada capitán, quizás luego, antes del amanecer, podamos recoger los cuerpos de los muchachos —propone, indeciso, a Jolin.

—Hoy no. Hoy no puede ser...

Katasonov rema sin esfuerzo. Al tocar tierra, saltamos a la orilla.

—¡Ahora vendaremos los estrobos, llenaremos los agujeros con solidol y ya está todo arreglado! —musita Jolin satisfecho y, volviéndose hacia mí, pregunta:

—¿Quién está ahí en tu trinchera?

—Dos combatientes.

—Deja uno. ¡Que sea de confianza y sepa guardar la lengua! ¿Entendido? Voy a fumar con él un cigarro: ¡voy a tantearlo! Al jefe de la sección que cubre las avanzadillas adviértele: después de las veintidós es posible... díselo así, ¡es posible! —recalca Jolin— que el grupo de exploración vaya a la otra orilla. Para esa hora que estén advertidos todos los puestos. Y que él; personalmente, esté en la trinchera grande, donde está la ametralladora —Jolin señala con la mano en dirección a la corriente.

—Si al regresar nos tirotean, ¡le retuerzo el pescuezo!... Sobre quién va, cómo y para qué, ¡ni una palabra! Tenlo bien en cuenta: ¡lo de Iván lo sabes sólo tú! No te voy a hacer firmar ningún documento comprometiéndote a guardar silencio, pero si te vas de lengua, te...

—¿Qué amenazas son éstas? —susurro indignado. —  
¿Acaso soy un bebito?

—Pienso lo mismo. Bueno, no te ofendas. —Me da unas palmaditas en el hombro. —De todas formas debía advertirte... Y ahora ¡manos a la obra!

Katasonov está ya ocupado con los estobos, Jolin, acercándose al bote, empieza también a trabajar. Los contemplo unos instantes y me voy, andando, a lo largo de la orilla.

No lejos de allí encuentro al jefe de la sección que guarnece la avanzadilla: recorre las trincheras revisando los puestos. Lo instruyo como me ha encargado Jolin y me dirijo al puesto de mando del batallón.

Después de dar algunas disposiciones y firmar varios documentos, regreso a mi tienda.

El chiquillo está solo. Todo colorado, enardecido, excitado. Tiene en la mano el puñal de Konstantin y sobre el pecho mis gemelos de campaña. Su rostro enardecido denota que es culpable de algo. La tienda está en desorden: la mesa, patas arriba, cubierta con una manta; los pies de un taburete asoman por debajo del camastro.

—Oye, no te disgustes —me suplica el chico. — Ha sido sin querer... palabra de honor, sin querer... Sólo ahora me doy cuenta de que en las tablas del piso, lavadas por la mañana hasta dejarlas blancas, hay un gran mancha de tinta.

—¿No estás enojado conmigo? —me pregunta, mirándome a los ojos.

—No, hombre, no —le contesto, aunque el desorden de la tienda y la mancha en el piso me disgustan.

En silencio, voy poniendo cada cosa en su sitio; el chico me ayuda. Mira la mancha y me propone:

—Habrá que calentar agua y darle una mano de jabón...  
¡Yo la quitaré!

—Déjalo, ya nos arreglaremos sin tu ayuda. Tengo hambre. Ordeno por teléfono que traigan comida para seis, pues no hay la menor duda de que Jolin y Katasonov, después de trajinar en el bote, estarán tan hambrientos como yo.

Viendo la revista que contiene el relato sobre los exploradores, le pregunto al chico:

—¿Qué, lo has leído?

—Sí. Es emocionante. Pero en la vida las cosas no suceden así. Se descubren enseguida. ¡Y después de todo; aún los condecoran!

—¿Y a ti por qué te han condecorado? —me intereso.

—Esto fue cuando estaba aún con los guerrilleros...

—¿También has estado con los guerrilleros? —

Me hago el sorprendido como si lo oyese por primera vez. —Y ¿por qué te marchaste?

—Nos bloquearon en el bosque y ¡qué quieres!, me mandaron en avión a la Terra Grande. Al internado: Pero me largué pronto de allí.

—¿Cómo que te largaste?

—Me escapé. Es desagradable estar allí; no lo podía resistir. Vives tragando papilla y repitiendo “los peces son animales vertebrados» o “a Importancia de los herbívoros en la vida del ser humano»...

—Pero eso también hay que saberlo.

—Claro que hay que saberlo. Pero, ¿qué falta me hace ahora esto? ¿Para qué sirve? Aguanté durante casi un

mes. Por las noches, tendido en la cama, pensaba: ¿por qué estoy aquí? ¿Para qué?

—Es lógico; el internado no es lo que te hace falta — admito. —Tú necesitas otra cosa. Si pudieras meterte en la escuela militar Suvorov, ¡eso sí que te iría como anillo al dedo!

—¿Quién te ha amaestrado? ¿Jolin? —pregunta rápidamente el chiquillo, mirándome con desconfianza.

—¿Qué tiene que ver Jolin con eso? Soy yo quien piensa así. Ya has combatido: en las guerrillas y en el servicio de exploración. Eres una persona con méritos. Lo que ahora necesitas es descansar, ¡estudiar! ¿Sabes qué oficial va a salir de ti?...

—¡Eso te lo ha dicho Jolin! —exclama el muchacho en tono convencido. —¡Pero es en vano!... Para ser oficial tengo aún tiempo. Mientras dure la guerra sólo pueden descansar aquellos que no sirven para nada.

—¡Eso es verdad, pero ten en cuenta que aún eres pequeño!

—¿Pequeño?... Y tú, ¿has estado en el campo de la muerte? —me pregunta de pronto; sus ojos se encienden en una llamarada de odio feroz, odio de hombre y no de niño; su labio inferior, diminuto, se contrae convulsivamente. —¿Quieres molestarme o qué? —chilla indignado. —¡Tú... tú no sabes nada de nada! ¡No te metas en lo que no te importa! No servirá de nada.

Algunos minutos más tarde llega Jolin. Después de meter el maletín debajo del camastro, se deja caer sobre un taburete y fuma dando fuertes chupadas al cigarro.

—Fumas como un carretero —observa descontento el chico. Está embelesado con el puñal: lo saca de la vaina,



lo guarda de nuevo, se lo pasa del costado derecho al izquierdo. —De fumar, los pulmones se ponen verdes.

—¿Verdes? —le pregunta Jolin sonriendo distraído. — Bueno, que sean verdes. ¿Quién los ve?

—¡No quiero que fumes! Me va a dar dolor de cabeza.

—Bueno, ahora mismo salgo.

—Jolin se levanta y mira sonriente al chico; al notar que tiene la cara colorada, se le acerca, le pone la mano en la frente y, a su vez le dice en tono descontento:

—¿Has estado de nuevo jugando?... ¡Esto está muy mal!... ¡Anda! ¡A descansar se ha dicho! ¡Venga, venga! ¡Acuéstate!

El chiquillo, obediente, se tiende en el camastro. Jolin, sacando otro cigarro, lo enciende con su propia colilla y, echándose el capote sobre los hombros, sale de la tienda. Cuando enciende, veo que le tiemblan un poco las manos. Según dice, tengo los «nervios desechos», pero él también está inquieto ante la operación que se prepara. He notado en él una especie de distracción o preocupación; a pesar de todo, su espíritu conservador no ha visto la mancha de tinta en el suelo y, en general, tiene un aspecto algo extraño. Pero es posible que sólo sean figuraciones mías.

Fuma al aire libre unos diez minutos —por lo visto, más de un cigarro—; luego entra y me dice:

—Dentro de hora y media partimos. Vamos a cenar.

—Y ¿dónde está Katasonich? —pregunta el chiquillo.

—Lo ha llamado con urgencia el jefe de la división. Se fue para allá.

—¿Cómo? ¿Se fue? —El chico se incorpora con viveza.

—¿Se fue sin entrar a verme? ¿Sin desearme éxito?

—¡No pudo! Lo llamaron urgentemente —aclara Jolin.

—No puedo imaginar siquiera lo que allí ha podido ocurrir. Saben perfectamente que lo necesitamos y de pronto lo llaman.

—Hubiera podido venir un momento. Vaya un amigo...

—dice el chico, ofendido y alterado. Está verdaderamente molesto. Cosa de medio minuto yace en silencio, con la cara hacia la pared; luego, volviéndose, pregunta:

—¿Entonces qué, vamos a ir los dos solos?

—No, iremos tres. Él vendrá con nosotros —y Jolin me señala con un rápido movimiento de cabeza.

Lo miro desconcertado y, pensando que bromea, me sonrío.

—No te sonrías ni me mires como un borrego. Te estoy hablando muy en serio —exclama Jolin. La expresión de su rostro es grave y hasta preocupada.

A pesar de ello no puedo creerlo y guardo silencio.

—Tú mismo lo querías. ¡Incluso lo pediste!

¿Qué te pasa ahora? ¿Tienes miedo? —dice mirándome fijamente con tal desprecio y hostilidad que me pone fuera de quicio.

Y, de súbito, siento, empiezo a comprender, que no bromea.

—¡No tengo ningún miedo! —exclamo con firmeza, intentando poner en orden mis pensamientos.

—Sólo que ha sido tan inesperado...

—En la vida todo sucede inesperadamente —dice Jolin pensativo. —Yo no te llevaría, puedes creerme: ¡la nece-

sidad me obliga! A Katasonov lo han llamado con urgencia, ¿comprendes? No puedo imaginarme lo que les ha podido ocurrir... Regresaremos dentro de un par de horas —asegura Jolin. —Pero decídelo tú mismo. ¡Tú mismo! Y si ocurre algo, no me eches la culpa. Si se descubre que por tu cuenta y riesgo has ido a la otra orilla, nos van a sonar de lo lindo. Así que, si algo ocurre, no lloriquees: «¡Jolin dijo, Jolin me pidió, Jolin me embarcó!...». ¡Ni se te ocurra! Tenlo en cuenta: tú mismo lo has pedido. ¿Verdad que lo has pedido?... ¡Si nos pescan, yo, como es natural, me la voy a cargar, pero tú tampoco te vas a librar! ¿A quién piensas dejar en tu puesto? —pregunta expeditivo después de una breve pausa.

—A mi suplente para asuntos políticos... a Kolbasov —le digo después de reflexionar. —Es un muchacho combativo.

—Combativo es. Pero mejor será no meternos en líos con él. Los trabajadores políticos son gente de principios: sin comerlo ni beberlo podemos vernos metidos en un informe político y entonces estamos perdidos —aclara Jolin sonriendo y, elevando los ojos al cielo, añade burlón: —¡Dios nos libre de semejante desgracia!

—Entonces a Guschin, el jefe de la quinta compañía.

—Tú sabrás quién es el mejor; decídelo tú mismo —observa Jolin, y me aconseja: —No le digas nada del asunto: que vas a la otra orilla lo sabrán sólo en la avanzadilla. ¿Entendido? Si tenemos en cuenta que el enemigo se mantiene a la defensiva y no se espera que inicie ninguna operación ofensiva, ¿qué puede ocurrir? Nada. Además, dejas un suplente, y tu ausencia va a durar solamente un par de horas. ¿A dónde vas? Supongamos que vas al pueblo. ¡Al fin y al cabo eres una persona de carne y hueso! Volveremos dentro de dos horas, o cuan-

do mucho de tres. ¡No es nada del otro mundo!

En vano trata de convencerme. El asunto es serio y, si el mando se entera, los disgustos serán inevitables. Pero estoy ya decidido y procuro no pensar en los posibles disgustos; todos mis pensamientos se concentran en la operación a cumplir...

Jamás he realizado servicios de exploración. Cierto es que, tres meses atrás, realicé con mi compañía un combate de exploración, que resultó un éxito rotundo. Pero, ¿qué es un combate de exploración?... En resumidas cuentas, es también un combate ofensivo, con la sola diferencia de que en él intervienen pocas fuerzas y su duración es breve.

Ésta será mi primera exploración y, como es natural, pensando en lo que me espera, no puedo evitar emocionarme.

Traen la cena. Salgo y recojo personalmente las marmitas y la tetera con el té caliente. Además, pongo en la mesa un jarro con nata y una lata de carne en conserva. Cenamos. El chico y Jolin comen poco; yo he perdido también el apetito. La expresión del rostro del chiquillo denota que está ofendido y triste. Se ve que le ha molestado mucho que Katasonov no haya venido a desearle éxito. Después de comer, se acuesta de nuevo en el camastro.

Luego de quitar la mesa, Jolin extiende el plano y me pone al corriente del asunto.

—Debemos pasar los tres a la otra orilla y, dejando el bote entre los matorrales, avanzar por la franja ribereña, remontando en unos seiscientos metros el curso del río

hasta la vaguada —Jolin me la señala en el plano. — Naturalmente, sería mejor acercarse directamente en el bote hasta este sitio, pero allí no hay vegetación en la orilla y no hay dónde esconder la barquichuela —me aclara.

Por esta vaguada, situada frente a las posiciones del tercer batallón, el chico debe atravesar la primera línea de la defensa alemana.

En caso de que lo vean, Jolin y yo, manteniéndonos junto al agua, debemos descubrirnos inmediatamente, disparando bengalas rojas —señal pidiendo fuego—, hemos de distraer la atención de los alemanes y, cueste lo que cueste, proteger la retirada del chiquillo hacia el bote. Jolin se retirará el último.

Si el chico es descubierto, a la señal de nuestras bengalas, «los medios de protección», dos baterías de cañones de 76 mm, una batería de morteros de 120 mm, dos compañías de morteros y una de ametralladoras, con su nutrido fuego desde la ribera izquierda, deben cegar y aturdir al enemigo batiendo con fuego de artillería y morteros las trincheras alemanas por ambos flancos de la vaguada y más allá, a la izquierda, a fin de impedir, posibles salidas de los alemanes y proteger nuestro repliegue hacia el bote.

Jolin me comunica las señales convenidas para la acción conjunta con la ribera izquierda, concreta los detalles y pregunta:

—¿Está todo claro?

—Sí, parece que todo.

Después de un breve silencio le hablo de lo que no me deja tranquilo: ¿no se desorientará el muchacho al atra-

vesar las líneas y quedarse solo en las tinieblas?

¿No es posible que resulte herido o muerto si llega a disparar nuestra artillería?

Jolin me aclara que «él» —señala al chico con un movimiento de cabeza— junto con Katasonov, desde las posiciones del tercer batallón, ha estudiado durante varias horas la ribera enemiga en el sitio por donde debe atravesar las líneas y sabe dónde está cada matorral, cada desnivel del terreno. En lo referente a la cortina de fuego de artillería, los objetivos han sido batidos de antemano y se dejará un «corredor» de unos setenta metros de anchura.

Pienso involuntariamente en las muchas circunstancias imprevistas que pueden surgir pero opto por callarme. El chiquillo yace triste y pensativo, mirando hacia el techo. Su rostro tiene la expresión de una persona ofendida. Se muestra indiferente, como si nuestra conversación no le interesara en absoluto.

Examino en el plano las líneas azules del sistema defensivo alemán e, imaginándome cómo es en realidad, pregunto en voz baja:

—Oye, ¿ha sido bien elegido el sitio para atravesar las líneas? ¿Será posible que en el frente del ejército no haya otro sector donde la defensa del enemigo no sea tan compacta? ¿Acaso no hay en él puntos débiles o desgarnecidos... en los enlaces de las unidades, por ejemplo?

Jolin, entornando sus ojos castaños, me mira burlón.

—¡En las pequeñas unidades no ven más allá de sus narices! —declara desdeñosamente. —¡Siempre les parece que tienen enfrente el grueso de las fuerzas del enemigo y que los demás sectores están débilmente protegidos,

así, para cubrir las apariencias! ¿Será posible que puedas pensar que no hemos escogido con cuidado o que nuestras cabezas discurren menos que la tuya? ¡Pues, si quieres saberlo, aquí los alemanes han metido por todo el frente tantas fuerzas que ni en sueños eres capaz de imaginártelo! ¡Están con el ojo avizor! No son tan tontos, ¡esos desaparecieron hace ya tiempo! Es una defensa cerrada y compacta que se extiende decenas de kilómetros —dice Jolin suspirando con tristeza. —¡Infeliz! Todo ha sido pensado y requetepensado. En estos asuntos no se actúa de cualquier manera. ¡Tenlo en cuenta!

Se pone en pie y; sentándose en el camastro donde yace el chico, a media voz y, según se desprende, no por primera vez, empieza a darle instrucciones:

—En la vaguada camina por la ladera. Acuérdate: ¡toda la parte inferior esta minada!... Escucha a menudo. ¡De-tente en silencio y escucha!

Si por la trinchera pasan patrullas, ¡cuerpo a tierra y espera! En cuanto la patrulla pase, salta la trinchera y adelante...

Llamo al jefe de la quinta compañía Guschin y; después de comunicarle que queda en mi sitio, le doy las necesarias disposiciones. Al colgar el auricular, oigo de nuevo la voz de Jolin, que dice en voz baja:

—...esperarás en Fiodorovka. ¡No quieras hacer imposibles! Y, lo principal, ¡ten cuidado!...

—¿Piensas que es fácil tener cuidado? —pregunta el chiquillo con un pequeño dejo de irritación...

—¡Lo sé! ¡Pero tú debes tenerlo! Y recuerda siempre que no estás solo. Acuérdate, dondequiera que estés, siempre pienso en ti. Y el teniente coronel también...

—Pero Katasonich se ha ido sin venir a verme — exclama ofendido el chiquillo, con inconsecuencia puramente infantil.

—Ya te he dicho por qué: ¡no ha podido! Lo han llamado con urgencia. Si no hubiera sido por eso, ¡sabes bien cómo te quiere! ¡Sabes que no tiene a nadie en el mundo y que eres para él lo más querido! ¿Sabes eso?

—Lo sé —dice el chiquillo sorbiéndose los mocos. Su voz tiembla. —Pero, a pesar de todo, hubiera podido venir...

Jolin se acuesta a su lado, acaricia con la mano sus suaves cabellos de lino y le dice algo al oído. Procuero no escuchar. Resulta que tengo un sinfín de cosas que arreglar y me apresuro; pero no estoy en condiciones de hacer nada y, mandándolo todo al diablo, me siento a escribir una carta a mi madre, pues sé que los exploradores, antes de partir a cumplir su misión, escriben cartas a sus padres y parientes. Sin embargo, estoy nervioso, mis pensamientos se dispersan y, habiendo escrito apenas media página, rompo la esquila y la tiro a la estufa.

—Es hora —me dice Jolin mirando el reloj, y se incorpora. Poniendo el maletín sobre un banquillo, saca de debajo del camastro el bulto, lo desata y empezamos a vestirnos.

Encima de la ropa interior se pone unos finos calzoncillos de lana y un jersey; luego, una guerrera de invierno y un pantalón bombacha y se emboza en un maquillaje verde. Mirándolo, me visto como él. Los calzoncillos de lana de Katasonov me quedan estrechos y, dando un crujido, se rompen en las ingles. Miro indeciso a Jolin.

—No importa, no importa —me alienta. —¡No tengas miedo! Si los rompes, pediremos otros nuevos.



El traje me queda casi a la medida, si bien es cierto que los pantalones son algo cortos. Nos calzamos botas herradas alemanas; son pesadas y no estoy acostumbrado a llevarlas, pero esto, según aclara Jolin, es una medida de precaución para no dejar huellas en la otra orilla. Él mismo me ata los cordones del traje.

Pronto estamos listos: los puñales y las granadas F-1 colgadas del cinto —Jolin toma además una pesada granada antitanque RPG-40—; las pistolas, con las balas en los cargadores, metidas en el pecho; las brújulas y relojes de esfera luminosa puestos y ocultos con las mangas de los trajes; ya hemos comprobado las pistolas de señales, y Jolin verifica que los discos estén fijos en los fusiles automáticos.

Nosotros estamos ya dispuestos, pero el chiquillo yace todavía con las manos debajo de la nuca, sin mirarnos siquiera.

De la maleta grande, alemana, ya han sido sacados una descolorida y desgarrada chaqueta enguatada de niño y un pantalón gris oscuro todo remendado, un gorro de orejeras bastante roído y unas deterioradas botas de adolescente. Sobre el borde del camastro está colocada la ropa interior de lienzo, un jersey y unos calcetines de lana viejos y zurcidos, una pequeña mochila mugrienta, peales y algunos trapos.

En un lienzo Jolin envuelve las provisiones del muchacho: un pedazo —como de medio kilo— de embutido, dos pedacitos de tocino y unas cuantas rebanadas de pan duro de trigo y de centeno. El embutido es casero y el tocino no es nuestro, del ejército, sino desigual, descolorido, gris oscuro a causa de la suciedad, de la sal; el pan es también casero.

Miro y pienso: todo está previsto, cada minucia...

Los víveres ya están colocados en la mochila, pero el chico sigue aún acostado, inmóvil, y Jolin, después de mirarlo a hurtadillas, se pone, sin decir palabra, a examinar la pistola de señales y verificar de nuevo la fijación del disco.

Por fin el chiquillo se sienta en el camastro y empieza a quitarse lentamente su equipo militar. El pantalón azul marino está manchado en las rodillas y por detrás.

—Alquitrán —dice. —Que lo limpien.

—¿Y si lo entregamos al almacén y encargamos uno nuevo? —le propone Jolin.

—No, que limpien éste.

El chico, sin prisas, se va vistiendo de paisano. Jolin lo ayuda a vestirse y luego lo examina por todos los costados. Yo también lo contemplo: no hay nada que decir, es un verdadero andrajoso sin hogar, un rapazuelo fugitivo, como muchos que hemos encontrado en los caminos de nuestra ofensiva.

El chico esconde en los bolsillos una navajita de fabricación casera y unos papeles gastados: sesenta o setenta marcos de ocupación alemanes. Esto es todo.

—Vamos a saltar —me dice Jolin.

Saltamos varias veces para comprobarnos. El chico, aunque no lleva nada que pueda hacer ruido, salta también.

Según una vieja costumbre rusa, tomamos asiento y durante algún tiempo permanecemos sentados en silencio. En el rostro del chiquillo aparece de nuevo aquella expresión de concentración y de tensión interna, impropia

de un niño de su edad, como seis días atrás, cuando apareció por primera vez en mi refugio.

Después de irradiarnos los ojos con la roja luz de las linternas de señales —para ver mejor en la oscuridad— vamos hacia el bote: voy delante, el chiquillo me sigue a una quincena de pasos y tras él viene Jolin.

Debo llamar a cada persona que encontramos en el sendero y conversar con ella a fin de dar tiempo a que el chiquillo se esconda; nadie más que nosotros debe verlo ahora. Jolin me lo ha advertido con toda decisión y seriedad.

Desde la derecha, nos llegan en la oscuridad bajas voces de mando: «¡Reglaje a los objetivos!... ¡En posición!». Crujen los arbustos y se oye cómo alguien reniega en voz baja; se está efectuando el reglaje del apuntado de los cañones y morteros emplazados en el bosquecillo que hay en las posiciones de mi batallón y del tercero.

En la operación toman parte, además de nosotros, unos doscientos hombres. Están preparados para protegernos en cualquier momento, lanzando un huracán de fuego sobre las posiciones alemanas. Y, entre ellos, nadie sospecha que lo que se realiza no es en absoluto una búsqueda, como se vio obligado a decirles Jolin a los jefes de las unidades que nos apoyan.

Cerca del bote está uno de los puestos. El puesto era doble, pero, por indicación de Jolin, he dado orden al jefe de la avanzadilla de dejar sólo uno, el cabo Diomin, hombre juicioso y entrado en años. Cuando nos acercamos a la orilla, Jolin me propone ir a hablar con el cabo; entretanto, él y el chico se deslizarán hacia el bote sin ser vistos. Todas estas medidas de precaución son, a mi pa-

recer, innecesarias; pero los métodos conspirativos de Jolin no me sorprenden: sé que no sólo él, sino todos los exploradores, son así. Me adelanto.

—Sólo que... ¡sin comentarios! —me advierte Jolin en un susurro impresionante.

Estas advertencias a cada paso ya me tienen hartos; no soy ningún chiquillo y sé bien lo que hay que hacer.

Diomin, como es su obligación, me da el alto a conveniente distancia; le digo quién soy, me acerco, salto a la trinchera y me sitúo de tal manera que, para hablar conmigo, tiene que volverse de espaldas al sendero.

—Fuma —le invito, sacando un paquete y ofreciéndole un cigarro; también yo tomo uno.

Nos sentamos en cuclillas; trata infructuosamente de encender varios fósforos: están humedecidos y no arden. Al fin uno lo hace; me da lumbre y enciende su cigarro. A la luz del fósforo, observo que alguien duerme sobre el heno prensado que hay en un nicho debajo del parapeto y distingo con extrañeza un conocido gorro de ribete carmesí. Doy con ansia una fuerte chupada al cigarro y, sin decir palabra, enciendo mi linterna y veo que en el nicho está Katasonov.

Está tendido boca arriba con la faz cubierta por el gorro. Sin comprender todavía, lo levanto un poco: aparece una cara dulce como la de un conejito, agrisada; encima del ojo izquierdo tiene un pequeño agujero: el orificio de entrada de una bala...

—Ha sido una cosa tonta —balbucea a mi lado en voz baja Diomin; su voz me llega como si viniera de muy lejos. —Arreglaron el bote y luego estuvieron fumando conmigo. El capitán estaba aquí hablando; había empe-

zado a salir, y en cuanto asomó por encima del parapeto, resbaló hacia abajo sin decir ni pío. Ni siquiera hemos oído disparos. El capitán se abalanzó a él, lo zarandó: «¡Katasonich!... ¡Katasonich! Miramos a ver qué le pasaba: ¡lo dejaron seco!... El capitán ordenó no decir nada a nadie».

Por eso era que Jolin tenía un aspecto extraño al regresar de la ribera.

—¡Sin comentarios! —me llega su murmullo imperativo desde la orilla del río, y al fin lo comprendo todo: el chiquillo sale a cumplir su tarea, y no se le puede inquietar en absoluto: no debe saber nada. Saltando el parapeto, descendiendo lentamente hacia el agua.

El chico ya está en el bote; me siento a su lado en la popa, con el fusil automático preparado.

—Siéntate mejor —musita Jolin cubriéndonos con un capote. —¡Procura que no haya bandazos!

Apartando la proa del bote, se sienta y pone los remos en posición. Mira el reloj y espera todavía un poco; luego da un débil silbido: es la señal para iniciar la operación.

Inmediatamente le contestan: desde la derecha, de la oscuridad donde, en un gran nido de ametralladoras situado en el flanco del tercer batallón, están los jefes de las fuerzas de apoyo y los observadores de artillería, resuena un disparo de fusil.

Virando el bote, Jolin empieza a remar. La orilla desaparece como por encanto... Las frías tinieblas de la noche lluviosa nos abrazan en silencio.

Siento en el rostro la acompasada y ardiente respiración de Jolin que, con potentes remadas, hace avanzar el bote;

se oye cómo chapotea el agua bajo los golpes de los remos. El chiquillo, agazapado a mi lado bajo el capote, no resuella siquiera.

Ante nosotros, en la orilla derecha, los alemanes, como de costumbre, disparan y alumbran con bengalas los accesos a sus posiciones avanzadas. Pero a causa de la lluvia su fulgor no es tan claro. El viento sopla en nuestra dirección. El tiempo nos favorece.

Desde nuestra orilla vuela sobre el río una ráfaga de balas trazadoras.

Desde el flanco izquierdo del tercer batallón dispararán ráfagas similares cada cinco o siete minutos: ellas nos servirán de punto de referencia al regresar a nuestra orilla.

—¡Azúcar! —musita Jolin.

Nos ponemos en la boca dos terrones de azúcar y los chupamos celosamente: esto debe aumentar hasta el límite la sensibilidad de nuestra vista y oído. Estamos ya seguramente en medio del río, cuando suena ante nosotros el seco traqueteo de una ametralladora: las balas silban y, haciendo saltar sonoras gotas, chapotean en el agua muy cerca de nosotros.

—MG-34 —reconoce con voz apenas perceptible. —No me acostumbro de ninguna manera. Estoy algo nervioso... Y a mendigar tampoco puedo acostumbrarme. ¡Uf, qué repugnancia!

Me imagino con toda claridad lo que le cuesta, orgulloso y con tanto amor propio, rebajarse a pedir limosna.

—Escucha —le digo acordándome. —En mi batallón hay un Bondariev, y también es de Gomel. ¿No serán acaso parientes ustedes?

—No. No tengo ningún pariente. Me queda sólo mi madre. Y ahora no sé ni dónde está... —Su voz tiembla. — Y, hablando con sinceridad, me apellido Buslov y no Bondariev.

—¿Y no te llamas Iván?

—Eso es verdad. Me llamo Iván.

—¡Chist!...

Jolin empieza a remar más despacio, se ve que espera llegar pronto a la orilla. Escudriño en la oscuridad con tal fijeza que llegan a dolerme los ojos, pero sólo veo los fulgores de las bengalas, opacos a causa de la lluvia.

Apenas nos movemos; un momento más y el fondo del bote toca la arena. Jolin, dejando con destreza los remos, salta por la borda y, de pie en el agua, hace virar rápidamente el bote, colocándolo con la popa hacia la orilla.

Durante un par de minutos escuchamos con atención. Se oye el suave rumor de la lluvia tamborileando en el agua, en la tierra, en el capote empapado; oigo la respiración regular de Jolin y siento cómo me late el corazón. Pero no oímos nada sospechoso: ni una palabra, ni un ruido, ni el menor rumor. Jolin me susurra al oído:

—Iván que siga en su sitio. Tú sal y aguanta... Se hunde en las tinieblas. Salgo cuidadosamente de debajo del capote, penetro en el agua caminando sobre el fondo arenoso de la orilla y sujeto el bote por la popa. Siento que el chiquillo se ha puesto en pie y está en el bote, a mi lado.

—Siéntate. Y cúbrete con el capote —susurro tocándole con la mano.

—Ahora lo mismo me da —responde él en un susurro.

Súbitamente aparece Jolin y, acercándose hasta nosotros,

nos comunica, musitando satisfecho:

—¡Todo está en orden! Nos ha salido a pedir de boca...

Resulta que los matorrales que hay junto al agua, en los cuales debemos esconder la barca, están a unos treinta pasos más abajo, siguiendo el curso del río.

Unos minutos después, el bote está ya escondido y, agachándonos, nos deslizamos con cautela a lo largo de la orilla, deteniéndonos de cuando en cuando para escuchar. Cuando fulgura cerca una bengala, nos echamos cuerpo a tierra en la arena, bajo el saliente, y quedamos inmóviles, como muertos. Con el rabillo del ojo veo al chico: su ropa se ha oscurecido a causa de la lluvia. Jolin y yo regresaremos y nos cambiaremos de ropa, pero él...

De pronto Jolin acorta el paso y, cogiendo al chico de la mano, se va más a la derecha por el agua. Ante nosotros algo blanquea sobre la arena: me doy cuenta de que son los cadáveres de nuestros exploradores.

—¿Qué es esto? —pregunta el chico con voz apenas perceptible.

—Son «fritz» —susurra rápidamente Jolin; y se lo lleva hacia delante. —Fue un francotirador de nuestra orilla.

—¡Qué canallas! ¡Hasta a los suyos les roban la ropa! —masculla con odio el chiquillo, mirando a su alrededor.

Me parece que llevamos andando una eternidad y que debiéramos haber llegado hace ya mucho tiempo. Sin embargo, recuerdo que, desde los matorrales donde está escondido el bote hasta estos cadáveres, hay unos trescientos metros. Y, para llegar a la vaguada, hay que andar aún, aproximadamente, otros tantos.

Poco después, pasamos junto a otro cadáver. Está completamente descompuesto y su hedor nauseabundo se



extiende a bastante distancia. De la orilla izquierda, perforando a nuestra espalda el lluvioso cielo, se pierden las balas trazadoras.

La vaguada está por ahí cerca, pero no la veremos: seguramente no la alumbran con bengalas porque todo su fondo está minado, y sus laderas, completamente bordeadas de trincheras y patrullas. Los alemanes están, por lo visto, convencidos de que por ahí no pasa ni una rata.

Esta vaguada es una buena trampa para aquel que sea descubierto en ella. Y todos nuestros cálculos se basan en que el chico pase inadvertido, Por fin, Jolin se detiene y, haciéndonos señal de que nos sentemos, sigue solo hacia adelante.

Pronto regresa y, en voz tan baja que apenas le oímos, nos ordena:

—¡Sígueme!

Avanzamos aún unos treinta pasos, y nos sentamos en cuclillas tras el saliente.

—¡La vaguada está enfrente mismo de nosotros! — Subiéndose la manga, Jolin mira la hora en su reloj de esfera luminosa, y le dice al chico en un susurro—: Aún tenemos cuatro minutos a nuestra disposición. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente.

Durante algún tiempo aguzamos el oído en las tinieblas. Huele a cadáver y a humedad. Uno de los cadáveres —se les ve sobre la arena a unos tres metros a nuestra derecha— sirve a Jolin de punto de referencia.

—Bueno, me voy —dice el chico con voz apenas perceptible.

—Te acompañaré —musita de pronto Jolin— por la vaguada. Aunque sea sólo un poquito. ¡En el plan esto no está previsto!

—¡No! —le contradice el muchacho. —¡Iré solo!

—Tú eres muy alto; contigo nos van a descubrir.

—¿Y si fuera yo? —propongo con indecisión.

—Por lo menos por la vaguada —ruega Jolin en un susurro. —Allí la tierra es arcillosa: vas a dejar huellas. ¡Yo te llevaré!

—¡Ya te lo he dicho! —exclama con obstinación y enojo el muchacho. —¡Iré solo!

Está junto a mí, pequeñito, delgaducho; me parece que tiembla de pies a cabeza en su vieja ropilla. Pero es posible que me equivoque...

—¡Hasta pronto! —le dice en voz baja a Jolin pasado un instante.

—¡Hasta pronto! —Se abrazan y Jolin lo besa.

—¡Lo principal es que tengas cuidado! ¡Cuídate! ¡Si iniciamos la ofensiva, espéranos en Fiodorovka!

—¡Hasta pronto! —me dice el muchacho.

—¡Hasta la vista! —musito emocionado, buscando en la oscuridad su pequeña y estrecha manecita y apretándose-la con fuerza.

Siento el deseo de besarlo, pero tardo un poco en decirme. Estoy hondamente conmovido. Mientras tanto lo menos diez veces he repetido mentalmente:

«¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista!», para no soltar, como seis días atrás, «¡Adiós!».

Y, antes de que me haya decidido a besarlo, desaparece

---

silenciosamente en la oscuridad.

Jolin y yo nos escondimos, sentándonos en cuclillas, pegados al saliente, de forma que su borde quedase sobre nuestras cabezas, y nos pusimos a escuchar atentamente. La lluvia caía mesurada, sin prisa; una fría y monótona lluvia otoñal que parecía interminable. Del agua nos venía una humedad mohosa.

Pasaron cuatro minutos desde el momento en que habíamos quedado solos y, de la parte hacia donde había ido el muchacho nos llegó el ruido de pasos y unas, voces guturales incomprensibles.

«¡Los alemanes!»

Jolin me apretó el hombro, pero no hacía falta advertirme —es posible que los hubiera oído antes que él— y, levantando el seguro del fusil automático, me quedé inmóvil con la granada en la mano, pronto a saltar como un resorte.

Los pasos se aproximaban. Ahora ya se podía distinguir cómo chapoteaban el fango los pies de varias personas. La boca se me quedó seca. El corazón me latía desaforadamente.

—*Verfluchtes Wetter! Hohl es der Teuffel!*

—*Halte's Maul, Otto! Links halten!*

Pasaron tan cerca de nosotros que las salpicaduras de frío fango levantadas por sus botas me saltaron a la cara. Un instante después los vimos al fulgor de una bengala, envueltos por el fino manto de la lluvia: altos —es posible que así parecieran porque los miraba desde abajo—, con los cascos y botas de caña ancha iguales a las que llevábamos Jolin y yo. Tres de ellos llevaban capotes; el cuar-

to, un largo impermeable, brillante a causa de la lluvia, sujeto a la cintura por una correa con la funda de la pistola. Las ametralladoras les pendían sobre el pecho colgadas del cuello.

Eran cuatro: una patrulla de la avanzadilla de un regimiento de las SS; una patrulla del ejército alemán junto a la cual se acababa de deslizar Iván Buslov, chico de doce años natural de Gomel, que figuraba en nuestros documentos de la sección de información con el apellido Bondariev.

Cuando los divisamos a la luz vacilante de una bengala, después de detenerse, querían descender hacia el río, a unos diez pasos de nosotros. Oímos cómo, en la oscuridad, saltaron a la arena y se dirigieron hacia los matorrales donde estaba escondido nuestro bote.

Mi situación era peor que la de Jolin. Yo no era explorador, pero combatía desde los primeros meses de la guerra y, al ver al enemigo vivo y con armas, me dominó en un instante la exaltación habitual, muchas veces experimentada, del combatiente en el momento de iniciarse el combate.

¡Sentí el deseo —mejor dicho, la sed, la necesidad— de acabar con ellos! «¡Matarlos!» Seguramente no pensaba en otra cosa, éste era mi único pensamiento al apuntar el arma. Pero por mí pensaba Jolin: al darse cuenta de mi movimiento, me atenazó el antebrazo; tranquilizándome, bajé el arma.

—¡Van a ver el bote! —susurré frotándome el antebrazo, en cuanto los pasos se alejaron.

Jolin callaba.

—Hay que hacer algo —le dije inquieto, después de una

pequeña pausa—. Si descubren el bote...

—¡Sí!—me dijo Jolin enloquecido. Sentí que era capaz de ahogarme con sus propias manos. —¡Y si encuentran al chiquillo! ¿Qué, piensas dejarlo abandonado?... ¿Qué eres: egoísta, canalla o simplemente imbécil?

—Imbécil —murmuré después de pensarlo.

—Probablemente eres neurasténico —dijo Jolin pensativo. —Cuando se acabe la guerra, tendrás que curarte...

Yo escuchaba atentamente, esperando oír a cada momento los gritos de los alemanes al descubrir nuestro bote. A nuestra izquierda se oyó el seco tableteo de una ametralladora y luego se repitió encima mismo de nosotros; después, al volver a quedar todo en silencio, oímos de nuevo el monótono rumor de la lluvia. Las bengalas volaban, ora aquí ora allá, a lo largo de toda la orilla. Al estallar, se deshacían en un haz de chispas, chisporroteaban y se consumían antes de llegar al suelo.

El nauseabundo hedor a muerto aumentó, no sé por qué causa, haciéndose intolerable. Yo escupía y procuraba respirar por la boca, pero el alivio era escaso...

Me entraron unas ganas locas de fumar. Jamás lo había deseado tanto.

Mas lo único que pude hacer fue sacar un cigarrillo y olerlo, haciéndolo girar entre los dedos.

Pronto quedamos empapados, temblando de frío; pero la lluvia seguía cayendo sin cesar.

—En la vaguada hay arcilla, ¡maldita sea! — murmuró de pronto Jolin. —Haría falta un buen aguacero que borrara todas...

Mentalmente estaba siempre con el muchacho; y la va-

guada arcillosa, donde las huellas se conservan bien, lo llenaba de inquietud. Yo comprendía lo justificados que eran sus temores: si los alemanes descubrían las huellas frescas y extraordinariamente pequeñas que, partiendo de la orilla, atravesaban la primera línea, organizarían sin duda la persecución de Iván.

Y, posiblemente, con perros. En otras unidades quizá no tuvieran, pero en los regimientos de las SS había bastantes perros, amaestrados para la caza del hombre.

Masticaba ya el cigarrillo. Esto no era muy agradable que digamos, pero lo masticaba. Jolin se dio cuenta seguramente y se interesó:

—¿Qué estás haciendo?

—¡Me muero de ganas de fumar! —le respondí suspirando.

—¿Y ver a tu mamita no quieres? —preguntó Jolin sarcástico. —¡Yo quiero verla! No estaría mal, ¿eh?

Mojados, temblando de frío, esperamos unos veinte minutos más, sin dejar de escuchar. La camisa, como una compresa helada, me ceñía la espalda. La lluvia se convirtió poco a poco en nieve: los blancos y húmedos copos caían en silencio cubriendo la arena de una capa alba y fundiéndose con desgano.

—Bueno, parece que ha pasado. —Jolin respiró al fin con alivio y se incorporó.

Agachándonos y manteniéndonos cerca del mismo saliente, avanzamos hacia el bote; a cada momento nos deteníamos en silencio y escuchábamos.

Yo estaba casi convencido de que los alemanes habían descubierto el bote y preparado una emboscada en los matorrales, pero no me atrevía a decírselo a Jolin: temía

que se riera de mí.

En la oscuridad, fuimos deslizándonos cautelosamente a lo largo de la orilla, hasta que tropezamos con los cadáveres de nuestros exploradores. Cinco pasos más allá, Jolin se detuvo y, cogiéndome de la manga, me atrajo hacia sí y murmuró a mi oído:

—Quédate aquí. Voy por el bote. En caso de que ocurra algo, que no perezamos los dos. Cuando me acerque al bote, llámame en alemán. ¡Pero en voz muy baja! Si tropiezo con ellos, habrá ruido, en tal caso, vete a nado a la otra orilla. Y si dentro de una hora no he vuelto, vete también. Tú puedes ir y venir a nado cinco veces, ¿no? —dijo burlón.

—Puedo —asentí con voz temblorosa. —¿Y si te hieren?

—No te preocupes. No seas tan hablador.

—Mejor será que no te acerques al bote por la orilla, sino desde el río, nadando —observé, no muy convencido. — Yo puedo hacerlo; déjame...

—Puede ser que lo haga... ¡Y en caso de que pase algo, no se te ocurra intervenir! Si te pasa algo entonces sí estamos jodidos. ¿Entendido?

—Entendido. Pero y si...

—¡Aquí no hay pero que valga! Eres un buen muchacho, Galtsev —susurró Jolin de pronto—, pero neurasténico. Y esto, en nuestro servicio, es lo más peligroso...

Se fue en la oscuridad y me quedé solo, esperando. No sé cuánto duró esa torturante espera: me helé tanto y estaba tan inquieto que no pensé siquiera en mirar la hora. Procurando no hacer el menor ruido, agitaba los brazos con fuerza y hacía flexiones, a fin de entrar en calor. De cuando en cuando, me paraba a escuchar.

Al fin, oí en el río un chapoteo casi imperceptible y, formando bocina con las manos, susurré:

—*Halt! Halt!...*

—¡Silencio, diablos! Ven aquí...

Di algunos pasos, pisando con cuidado, pero las botas se me llenaron de agua fría, que rodeó mis piernas en un abrazo helado.

—¿Qué tal en la vaguada? ¿Todo tranquilo? —me preguntó Jolin.

—Tranquilo.

—¿Lo ves?, ¡y tenías miedo! —murmuro satisfecho. — Siéntate en la popa —ordenó cogiéndome el automático.

En cuanto me subí al bote, empezó a remar a contracorriente. Sentándome en la popa, me quité las botas y vertí el agua que contenían. La nieve caía en afelpados copos, fundiéndose en cuanto tocaba las aguas del río. Desde la orilla izquierda, dispararon nuevamente otra ráfaga de balas trazadoras, que pasó justo por encima de nosotros; había que virar, pero Jolin siguió remontando la corriente.

—¿A dónde vas? —le pregunté confundido.

Sin contestarme, siguió remando con energía.

—¿Hacia dónde vamos?

—¡Toma! ¡Caliéntate! —Dejando los remos, me metió en la mano una pequeña cantimplora aplanada. Desentrosando trabajosamente el tapón con los dedos entumecidos por el frío, bebí un trago. El vodka me abrazó con agradable ardor la garganta y me hizo entrar en calor, pero seguí temblando.



—¡Bébelo todo! —susurró Jolin, moviendo apenas los remos.

—¿Y tú?

—Beberé en la orilla. ¿Me invitarás?

Bebí otra vez y, convenciéndome con pena de que la cantimplora estaba vacía, me la guardé en el bolsillo.

—¿Y si no ha pasado todavía las líneas? —dijo inesperadamente Jolin. —Puede ser que esté aún tendido, esperando... ¡Cómo quisiera estar ahora con él!...

Entonces comprendí por qué no regresábamos. Estábamos enfrente de la vaguada para, en caso necesario, desembarcar en la orilla enemiga y ayudar al chiquillo. Y desde allí, desde la oscuridad, disparaban sin cesar largas ráfagas hacia el río. Sentía escalofríos en todo el cuerpo cuando silbaban las balas, hundiéndose en el agua junto a la barca. En tal oscuridad, tras la ancha cortina de húmeda nieve, era seguramente imposible verlos, pero estar en el río bajo el fuego enemigo, por completo al descubierto, donde no se podía uno agazapar en la tierra o esconderse en algún sitio, era bastante desagradable. Jolin, alentándome, susurraba:

—De estas balas perdidas mueren sólo los tontos o los cobardes. ¡Tenlo presente!

Pero Katasonov no era ni tonto ni cobarde. De esto yo no tenía la menor duda; mas no le dije nada a Jolin.

—Tu médico no está mal —recordó algún tiempo después, queriendo, evidentemente, distraerme de alguna manera.

—No está mal —asentí castañeteando los dientes, aunque en lo que menos pensaba era en ella; lo que imaginaba era la caliente tienda del puesto de socorro y la estufa:

¡la magnífica estufa de hierro colado!

Desde la orilla izquierda, tan infinitamente deseada, dispararon otras tres ráfagas con balas trazadoras. Nos invitaron al regreso, pero todavía seguíamos en el agua, cerca de la orilla derecha.

—Bueno, parece que ha pasado —dijo al fin Jolin; y, rozándome con el mango, de un vigoroso movimiento de los remos hizo virar el bote en redondo.

Se orientaba y mantenía el rumbo en las tinieblas de manera maravillosa... Así navegamos hasta acercarnos al gran nido de ametralladoras, situado en el flanco derecho de mi batallón, donde permanecía el jefe de la sección de avanzadilla.

Nos esperaban. De inmediato, gritaron en voz baja, pero autoritaria: «¡Alto! ¿Quién vive?...». Di la consigna, me conocieron por la voz y un instante después desembarcábamos en la orilla.

Estaba completamente desfallecido y, aunque había bebido unos doscientos gramos de vodka, seguía temblando y apenas podía mover mis entumecidas piernas. Procurando que no me castañetearan los dientes, ordené sacar y enmascarar el bote y avanzamos por la orilla, acompañados del jefe de pelotón Zuliev, mi sargento predilecto, quizá algo desenvuelto, pero de una audacia sin igual. Él marchaba a la cabeza.

—Camarada teniente mayor, ¿dónde está la lengua? —preguntó alegremente volviéndose de pronto.

—¿Qué lengua?

—Dicen por ahí que ustedes fueron a buscar una...

Jolin, que iba detrás, me apartó y se adelantó hacia Zuliev.

—¡La lengua la tienes en la boca! ¿Entendido? —le dijo en tono tajante, recalcando cada palabra; me pareció que había dejado caer su pesada mano encima del hombro de Zuliev, y aun es posible que lo hubiera cogido por el cuello: este Jolin, excesivamente rudo e iracundo, era muy capaz de hacerlo. —¡La lengua la tienes en la boca! —repitió con tono amenazador. —¡Y tenla quieta! ¡Será mejor para ti!... Y ahora, ¡regresa al puesto!...

En cuanto Zuliev quedó unos pasos atrás, Jolin exclamó con severidad, hablando, adrede, en voz alta:

—¡En tu batallón tienes muchos parlanchines, Galtsev! Y esto, para nuestro servicio, es la cosa más peligrosa...

En la oscuridad me cogió del brazo y, apretándomelo junto al codo, susurró con aire burlón:

—¡Y tú también eres un buen pájaro! ¡Abandonar el batallón y marcharse a la otra orilla por una lengua! ¡Vaya un cazador!

En la tienda, después de encender rápidamente la estufa, nos desnudamos por completo y nos frotamos con una toalla.

Después de ponerse ropa interior seca, Jolin se echó el capote sobre los hombros, se sentó a la mesa, y, extendiendo ante sí el plano, se puso a examinarlo atentamente. En cuanto llegó a la tienda cambió por completo; tenía aspecto cansado y su rostro denotaba honda preocupación.

Puse encima de la mesa una lata de carne en conserva, tocino, una marmita con pepinillos salados; pan y una cantimplora de vodka.

—¡Ah, si supiéramos cómo está ahora! —exclamó de pronto Jolin poniéndose en pie. —¿Qué habrá pasado

allí?

—¿A qué te refieres?

—Esa patrulla, en la otra orilla, tenía que haber pasado media hora más tarde. ¿Comprendes? Eso significa que los alemanes han cambiado su régimen de guardia o que nos hemos equivocado en algo. Y en cualquiera de los dos casos el chiquillo corre el riesgo de perder la vida. Lo teníamos todo calculado por minutos.

—Pero él ya ha pasado. ¿Cuánto tiempo hemos estado esperando? Por lo menos una hora... Y todo estaba en silencio.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Jolin irritado. — Si lo quieres saber, tiene que andar más de cincuenta kilómetros. De ellos, cerca de veinte tiene que recorrerlos antes de que amanezca. A cada paso puede tropezar con el enemigo. ¡Y cuántas casualidades de todo género pueden ocurrir!... ¡Bueno, dejémoslo! ¡Hablando no lo vamos a ayudar!... —retiró de la mesa el plano. —¡Venga!

Eché vodka en dos jarritos.

—Sin brindar —advirtió Jolin, cogiendo uno. Levantando los jarritos, guardamos silencio durante unos instantes.

—¡Ay, Katasonich, Katsonich!... —suspiró Jolin frunciendo el entrecejo, y con voz entrecortada profirió: —¡A ti qué... Pero a mí, a mí me salvó la vida!

Se bebió de un solo trago el contenido del jarrito y, oliendo un pedazo de pan negro, exigió:

—¡Echa más!

Bebí. Luego vertí el vodka por segunda vez: a mí un poquito, a él hasta los bordes. Cogiendo el jarrito se volvió

hacia el camastro sobre el cual estaba la maleta con la ropa del chiquillo y dijo en voz baja:

—¡Por que vuelvas y no te vayas más! ¡Por tu futuro!

Chocamos los jarritos y, después de haber bebido, empezamos a comer. Es indudable que, en esos momentos, ambos pensábamos en el muchacho. La estufa, que se había puesto al rojo vivo, lanzaba oleadas de calor. Nosotros habíamos vuelto, y estábamos calientes y libres de todo peligro. Pero él avanzaba con cautela por las posiciones enemigas, a través de la nieve y las tinieblas, acechando a cada paso por la muerte...

Nunca he sentido mucho amor por los niños, pero a este chiquillo, aunque no lo había visto más que dos veces, lo quería tan entrañablemente que no podía recordarlo sin que se me oprimiera el corazón de inquietud y de angustia.

Ya no bebí más. Pero Jolin, sin brindis alguno, se bebió en silencio el tercer jarrito. Pronto se emborrachó y siguió sentado, contemplándome lúgubre y sombrío con ojos enrojecidos.

—¿Es el tercer año que estás en el frente? —me preguntó encendiendo un cigarrillo. —Yo también llevo más de dos años... ¡Pero es posible que no hayamos estado jamás tan cerca de la muerte como Iván!... Contigo está el batallón, el regimiento, todo el ejército...

¡Pero él está solo! —gritó Jolin, irritándose de súbito.

—¡Un niño!... ¡Y tú no quisiste darle ese cochino puñal!

«¡No quisiste!...» No, no podía, no tenía derecho a entregar a nadie, fuera quien fuese, ese puñal, único recuerdo del amigo caído, la única cosa suya que pude conservar...

Pero mantuve mi palabra. En los talleres de la artillería de la división había un mecánico ajustador muy habilidoso, un sargento entrado en años, oriundo de los Urales. En primavera elaboró el mango del puñal de Konstantin; ahora le pedí hacer otro exactamente igual y ponérselo a un puñal flamante que le había entregado. Mas no me limité a pedírselo. Le llevé un cajoncito de herramientas de ajustador capturadas al enemigo: un tornillito de sujeción, taladros y limas que no me hacían ninguna falta, pero que a él lo pusieron más contento que un niño con zapatos nuevos.

Hizo el mango a conciencia: por lo único que se podía distinguir un puñal del otro era por las mellas que tenía el de Konstantin y por las iniciales «K. J.» grabadas en su mango. Me imaginaba ya cómo se alegraría el muchacho al tener un verdadero puñal con el mango tan bonito; yo lo comprendía: no hacía mucho tiempo que yo mismo era todavía un muchacho.

Llevaba siempre en el cinto este nuevo puñal, pensando dárselo a Jolin o al teniente coronel Griaznov en cuanto los viese: hubiera sido una tontería pensar que me iba a encontrar personalmente con Iván. Lo recordaba a menudo, pero no me podía imaginar siquiera dónde estaba. Los días estaban cargados de acontecimientos: las divisiones de nuestro ejército forzaron el Dnieper y, como se comunicó en los partes del Buró de Información, «combatían con éxito para ampliar el campo de combate en la ribera derecha...».

Casi no utilizaba el puñal; sólo lo puse en juego una vez, durante un combate cuerpo a cuerpo; si no hubiera sido por él, un gordo y pesado cabo de Hamburgo seguramente me hubiera partido la cabeza con su pala.

Los alemanes se defendían desesperadamente. Después

de ocho días de duros combates ofensivos, recibimos la orden de pasar a la defensiva, y uno de los primeros días de noviembre, un día frío y despejado, poco antes del aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, me encontré con el teniente coronel Griaznov.

De mediana estatura, con cabeza grande asentada sobre el robusto tronco, vistiendo un capote y gorra de orejeras, se paseaba a lo largo de la cuneta de la carretera arras-trando un poco la pierna derecha a consecuencia de una herida recibida durante la compañía de Finlandia. Lo reconocí desde lejos, en cuanto salí a un calvero del bosquecillo donde estaban acampados los restos de mi batallón. «Mi»: ahora podía ya decir esto con pleno fundamento: antes de forzar el río me habían nombrado jefe efectivo del batallón.

El bosquecillo donde acampábamos estaba silencioso, tranquilo; las hojas, plateadas por la escarcha, cubrían la tierra; olía a estiércol y a orines de caballo. Por este sector un cuerpo de ejército de caballería cosaca de la guardia había roto la defensa enemiga, y en el bosquecillo los cosacos habían hecho un alto. Los olores a caballo y a vaca se asocian en mi pensamiento, desde la infancia, con los de la leche recién ordeñada y del pan caliente, recién salido del horno. Y ahora recordé también la aldea natal, donde, siendo niño, pasaba los veranos en casa de mi abuelita, una viejecilla pequeña y delgada que me amaba con delirio. Todo esto era reciente, pero me parecía ahora lejano, muy lejano, e incomparablemente bello, como todo lo de antes de la guerra...

Los recuerdos de la infancia cesaron en cuanto salí al claro. La carretera estaba abarrotada de automóviles y camiones alemanes, quemados unos, destrozados otros, y algunos simplemente abandonados. Los cadáveres ale-

manes yacían en distintas posiciones tanto en la carretera como en las cunetas; en el campo, surcado de trincheras se veían por doquier grises montones de muertos. En la carretera, a unos cincuenta metros del teniente coronel Griaznov, su chofer y un teniente intérprete examinaban algo en la caja de un transportador blindado del estado mayor alemán. Otros cuatro —no pude ver bien su grado— trepaban por las trincheras situadas al otro lado de la carretera. El teniente coronel les decía algo a gritos, pero a causa del viento no pude entender de qué les hablaba. Al aproximarme, el teniente coronel volvió hacia mí su rostro moreno y masivo, picado de viruela, y con su voz ruda exclamó entre sorprendido y satisfecho:

—¡Galtsev! ¿Vivo?

—¡Vivo! ¿Para qué iba a morir? —le dije sonriendo. —  
¡Salud le deseo!

—¡Salud! ¡Ya que estás vivo, salud!

Apreté la mano que me tendía, miré alrededor y, después de convencerme de que nadie podía oírme a excepción del propio Griaznov, le dije:

—Camarada teniente coronel, permítame preguntarle:  
¿Iván ha vuelto?

—¿Iván? ¿Qué Iván?

—El chico, Bondariev.

—¿Qué te importa si ha vuelto o no? —preguntó descontento Griaznov y, frunciendo el entrecejo, me contempló con sus ojos negros llenos de picardía.

—Lo llevé a través del río, comprende...

—¿Qué tiene que ver?

—Cada uno debe saber aquello que le está permitido.



¡Esto es una ley para el ejército, y particularmente para el servicio de información!

—Pero yo lo pregunto porque hace falta. No por razones de servicio, sino privadas... Tengo que pedirle un favor. Prometí regalárselo. —Desabrochándome el capote, me quité del cinto el puñal y se lo tendí al teniente coronel. —Haga el favor de dárselo. ¡Si supiera cómo lo deseaba!

—Lo sé, Galtsev, lo sé —dijo el teniente coronel suspirando y, cogiendo el puñal, lo examinó. —No está mal. Pero los hay mejores. Tiene por lo menos una decena de estos puñales. Ha llenado todo un baulillo...

¡Qué le vamos a hacer! ¡Esa pasión! Es la edad. ¡Sabemos que es un chiquillo! Bueno... si lo veo, se lo daré...

—¿Y qué?... ¿Acaso no ha vuelto? —articulé lleno de inquietud.

—Volvió. ¡Y se fue! Él mismo se marchó...

—¿Cómo?

El teniente coronel puso mala cara y guardó silencio mirando a un punto indefinido de la lejanía. Luego, en voz baja y sorda, dijo:

—Lo enviábamos a la escuela militar y dio su conformidad. Por la mañana había que arreglarle los documentos, pero durante la noche se marchó. No puedo culparlo: lo comprendo. Para aclarar esto hace falta mucho tiempo y, además, ¡para qué contártelo!...

—Volvió hacia mí su rostro austero y pensativo. —Su odio aún no se había consumido y no podía estarse tranquilo. Puede ser que regrese, pero lo más seguro es que se vaya con los guerrilleros. Olvídalo y, en lo sucesivo, ten presente que no se debe preguntar nada de aquellos que luchan al otro lado del frente. Cuanto menos se habla

de ellos, más tiempo viven. Lo viste por casualidad y, no te ofendas, ¡no tienes derecho a saber nada referente a él! Así que en adelante acuérdate: ni ocurrió nada, ni conoces a ningún Bondariev. No has visto ni oído nada, absolutamente nada. ¡A nadie has ayudado a pasar el río! Y, por ende, no tienes que preguntar nada. ¿Entendido?

Ya no pregunté nunca más. En realidad, tampoco había a quién preguntar. Jolin murió poco tiempo después durante una búsqueda: en la semioscuridad del crepúsculo matutino su grupo de exploración cayó en una emboscada de los alemanes: una ráfaga de ametralladora le segó las piernas; ordenando a todos que se replegaran, echó cuerpo a tierra y se defendió hasta el último cartucho, protegiendo el repliegue de sus hombres; y cuando los enemigos lo capturaron, hizo estallar una granada antitanque que llevaba... En cuanto al teniente coronel Griaznov, fue trasladado a otro ejército y ya no lo vi más.

Pero olvidar a Iván —como me había aconsejado el teniente coronel— no pude. De todos modos, aun recordando muchas veces al pequeño explorador, jamás me imaginé que lo volvería a encontrar o que algún día podría llegar a saber algo de su destino ulterior.

En los combates de Kovel fui herido de gravedad y quedé «parcialmente útil»; sólo podía ser empleado en servicios auxiliares o en la retaguardia. Tuve que despedirme del batallón y de mi amada división. El último medio año de guerra estuve en calidad de intérprete en la sección de información de un cuerpo del ejército, en el mismo primer frente bielorruso.

Cuando empezaron los combates por Berlín, otros dos oficiales y yo fuimos enviados en comisión de servicio a

uno de los grupos operativos, creados para apoderarnos de los archivos y documentos alemanes.

Berlín capituló el 2 de mayo a las tres de la tarde. En esos históricos minutos, nuestro grupo operativo estaba en el mismo centro de la ciudad, en un edificio semides-truido de la calle Prinz-Albrecht, donde poco tiempo atrás estaba la *Geheime Staatspolizei*: la policía secreta del Estado.

Como era de esperar, los alemanes lograron llevarse o destruir la mayor parte de los documentos. Sólo en las dependencias del cuarto piso —el último— fueron descubiertos armarios con expedientes y un enorme fichero, que no sabíamos por qué casualidad se había salvado. De ello nos informaron, desde las ventanas, los gritos alborozados de los tiradores de automático, los primeros que penetraron en el edificio.

—Camarada capitán, ¡ahí en el patio, en un camión, hay papeles! —me informó un soldado de ancho pecho, bajo y rechoncho, que vino corriendo hacia mí.

En el enorme patio de la Gestapo, cubierto ahora de piedras y pedazos de ladrillo, había antes un garaje para decenas y posiblemente para cientos de vehículos. De ellos, quedaban apenas unos cuantos, dañados por las explosiones. Miré en torno: un bunker, cadáveres, embudos de bombas; en un ángulo del patio, zapadores con un dispositivo para buscar minas.

Cerca del portalón estaba parado un camión alto, dotado de gasógenos.

La tapa trasera estaba bajada, y en la caseta cubierta con una lona se veían el cadáver de un oficial con el negro uniforme de las SS y abultados expedientes y carpetas atados en paquetes.

El soldado se encaramó con dificultad en la caseta del camión y empezó a arrastrar los paquetes hasta el mismo borde. Con el puñal, corté la cuerda.

Eran documentos de la PSM —policía secreta militar— del grupo del Ejército del Centro; correspondían al invierno de 1943-1944. Informes de «expediciones» punitivas y datos facilitados por los agentes, órdenes de arresto e instrucciones orientadoras, copias de diferentes partes y comunicaciones especiales hablaban del heroísmo de unos y de la pusilanimidad de otros, de los fusilados y de los vengadores del pueblo, de los cazados y de los incalzables. Estos documentos tenían para mí especial interés: Mozyr y Petrikov, Riechitsa y Pinsk, sitios tan conocidos de la región de Gomel y de Polesie, por donde pasara nuestro frente, surgían de nuevo ante mis ojos.

En los expedientes había muchas fichas, cuestionarios con breves datos referentes a aquellos a quienes buscaba, cazaba y perseguía la policía secreta. Algunas fichas tenían pegadas fotografías.

—¿Quiénes son? —De pie en la caseta, el soldado, inclinándose, señalaba con su dedo corto y grueso y me preguntaba: —Camarada capitán, ¿quiénes son?

Sin contestarle, absorto, hojeaba los papeles, examinando una carpeta tras otra, sin darme cuenta de la lluvia que nos calaba. Sí, aquel grandioso día de nuestra victoria, Berlín estaba nublado y lloviznaba; caía una lluvia fina y helada. Sólo poco antes del anochecer el cielo quedó limpio de nubes y, a través del humo, asomó el sol.

Pasado el estruendo de diez días de encarnizados combates, reinaba el silencio, interrumpido en algunas partes por las ráfagas de los automáticos. En el centro de la ciudad continuaban los incendios; y si en la periferia, donde

había muchos jardines, el intenso perfume de las lilas apaciguaba los demás olores, aquí, en el centro, olía a chamusquina. Un humo negro y acre se extendía sobre las ruinas.

—¡Llévelo todo al edificio! —ordené por fin al soldado, indicándole los paquetes; y, maquinalmente, abrí la carpeta que sostenía en la mano. Miré, y se me oprimió el corazón; desde la fotografía pegada a la ficha, me miraba Iván Buslov...

Lo reconocí enseguida por su cara de salientes pómulos, y sus ojos, muy separados uno del otro; jamás he visto a nadie que los tuviera tan separados.

Miraba de reojo, como un novillo, igual que durante nuestra primera entrevista en la chabola a orillas del Dnieper. En la mejilla izquierda, debajo del pómulo, negreaba una equimosis.

La ficha, con la fotografía, estaba en blanco. Con el alma en un hilo le di la vuelta; por debajo llevaba sujeta una hoja de papel escrita a máquina: era la copia de una comunicación especial del jefe de la policía secreta militar del segundo ejército alemán.

«Número... ciudad de Luninets. 26-12-43. Secreto.

»Al jefe de la policía militar del grupo Centro...

»El 21 de diciembre del año en curso, en el sector de dislocación del XXIII cuerpo de ejército, en la zona prohibida cerca de la línea de ferrocarril, el miembro de la policía auxiliar Efim Titkov ha apercibido y, después de observarlo durante dos horas, ha detenido a un escolar ruso de unos diez a doce años de edad que, tendido en la nieve, observaba el tráfico ferroviario en el sector Kalinkovichi-Klinsk.

»Al ser detenido, el desconocido, quien según ha sido atestiguado por la vecina de esta localidad María Siomina, decía llamarse “Iván”, se ha defendido rabiosamente, mordiendo a Titkov en una mano y sólo con ayuda del cabo Vinz, que ha acudido a tiempo, ha podido ser conducido a la policía militar...

»... Ha sido establecido que “Iván” había permanecido durante varios días en el sector de dislocación del XXIII cuerpo de ejército... pedía limosnas... dormía en una granja abandonada y en cobertizos. Tenía las manos y los dedos de los pies congelados y atacados parcialmente por la gangrena...

»Al registrar a “Iván” le han encontrado... en los bolsillos un pañuelo, y 110 (ciento diez) marcos de ocupación. No ha sido encontrada ninguna prueba material que demuestre su enlace con los guerrilleros o que realizara una labor de espionaje. Señas especiales: en medio de la espalda, en la columna vertebral, un lunar de gran tamaño; sobre la paletilla derecha, una cicatriz de herida de bala en sedal...

»Interrogado durante cuatro días, severa y escrupulosamente, por el comandante Von Bissing, el teniente mayor Klammt y el brigada Stamer, “Iván” se ha negado a prestar declaración alguna que ayudara a determinar su personalidad o aclarar los motivos de su permanencia en la zona, prohibida y en el sector de dislocación del XXIII cuerpo de ejército.

»Durante los interrogatorios, ha mantenido una posición provocativa. No disimulaba su odio al ejército alemán y al Imperio Germano.

»De acuerdo con la directiva del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, del 11 de noviembre de 1942, ha sido

fusilado el 25-12-43 a las 6,55.

»A Titkov le ha sido concedida una recompensa de 100 (cien) marcos. El recibo se adjunta.»



## Reseña de Vladimir Bogomolov

Nació en 192 en la región de Moscú. Combatió en la Segunda Guerra Mundial y obtuvo el grado de oficial. Recibió heridas y condecoraciones en los frentes de Ucrania, Bielorrusia, Polonia, Alemania y Manchuria. Después de terminada la guerra, sirvió en el Lejano Oriente y en Alemania. *Iván*, su primera narración, se publicó en 1958 y en 1962 fue filmada como película. Con ella provocó un alud de reseñas y opiniones literarias. Entre sus obras se cuentan *El primer amor* (1959), *Zosja* (1965) y *En agosto del 44* (1974).

Para más información sobre el autor:

[https://es.wikipedia.org/wiki/Vlad%C3%ADmir\\_Bogomolov](https://es.wikipedia.org/wiki/Vlad%C3%ADmir_Bogomolov)

